

Cómo lo conseguí.

Los acontecimientos clave comienzan cuando la persona que fue mi compañero de viaje en los últimos años de mi aventura, y que hizo grandes descubrimientos junto conmigo en una investigación enormemente fructífera y satisfactoria, se rindió traicionándome y entregándose a la lucha por ocupar el Trono, el Vencedor, Dios, en una palabra. Algo que yo venía temiendo y esperando, pero no cortaba porque necesitaba verlo y comprobar cómo sucedía.

Efectivamente. Quede claro que hay algunas personas que no caen en tal vergüenza, y a ellas va dirigido este escrito, pero la inmensa mayoría de los seres humanos cometen este crimen, que consiste en, sabiendo de cierto que no somos inmortales, se agarran a la lucha que les ofrece Dios, en fin, el Todopoderosismo. ¿Cómo puede alguien querer conocer el rostro de Dios? Eso es el espanto mismo, morir poco a poco de hambre en planeta muerto, comprendiendo lo que ha pasado. Por esto los seres humanos quieren morir cuanto antes, para no saber, y luchan hasta la última gota de su sangre, (que Dios sea otrx, no yo).

El caso es que habiendo necesitado con desesperación a esta persona para compartir, comprobar y disfrutar la investigación, cuando iba viendo ya que se rendía, no me sentí mal, sino al contrario, me sentía moderadamente eufórico y, cuando se produjo la traición definitiva, supe que tenía la comprensión del problema al alcance de mi mente, así que me relajé, paseé por el parque tranquilo y sin prisa.

Este muchacho y yo habíamos llegado a la casi total comprensión de la Existencia. Fue él mismo quien remató el hecho de que la Muerte es lo que no se puede conocer, ese concepto o ausencia de concepto fundamental para lxs brujxs de Carlos Castaneda. Yo lo andaba rondando, pero aún no daba con ello. El

caso es que esto no era suficiente, y estábamos esperando que pasara algo que rompiera tal imposibilidad. Lo que no sabía este muchacho es que lo que esperábamos era su rendición, pues ahí está la clave cuyo conocimiento permite una posibilidad. Yo lo comprendí al momento en que se rindió.

En solo 3 ó 4 días se me ocurrió escribir a Jesucristo. Qué bobada. En los últimos 12 años había escrito progresivamente a todas las entidades sociales, más directa o indirectamente, incluso a la Iglesia. Lo había planeado desde el principio y lo había llevado a cabo según estaba preparado para cada paso, pero no se me había ocurrido nunca escribir a Jesucristo. Pensarlo fue una sorpresa para mí. Pero, carajo, ¿qué le iba a decir yo a ese pobre muchacho? No se me ocurría.

Pasaron 2 ó 3 días más dejando vagar mis pensamientos y recurriendo de vez en cuando al asunto, sin ideas, hasta que, al hablar con una persona encantadora, salió en la conversación “Apocalipsis de San Juan”, el último libro de la Biblia. Claro, ahí estaba la clave, ese era el texto que había que explicar en relación a Jesucristo.

Yo había leído unas cuantas veces, quizá 10, este texto grotesco, iracundo, rencoroso, criminal en extremo, y no había conseguido descifrar ese cacao mental, ese desorden descomunal, pero había sentido cada vez que eso era un ensueño de poder, que ahí estaba la explicación del problema humano. Y así es. Este tonto de San Juan delató justo lo que había que callar, lo que callan todos los seres humanos.

Comencé mi escrito a Jesucristo anunciando que lo iba a decir, sin saber aún qué era. Y ahí está, Apocalipsis 14-13:

“Luego escuché una voz que me ordenaba desde el cielo: «Escribe: ¡Felices los que mueren en el Señor! Sí -dice el Espíritu- de ahora en adelante, ellos pueden descansar de sus fatigas, porque sus obras los acompañan».

Claro. Aquí está el asunto, la llave para derribar el Muro: Nadie se cree inmortal. Ahora, ya puedes desarrollar todo tu arte y entusiasmo en demostrar que no somos inmortales, si todos lo sabemos bien. ¡Qué trampa tan tremenda! Ésta es la segunda trampa de la humanidad de las dos que ha tendido a raíz de haber caído en la Trampa Natural del Infinito. Qué criminalidad tan espantosa. Ni los cristos, ni los hippies, ni nadie nunca descubrió esta trampa, nadie que lo haya dicho en público, quizá alguien lo supo, después de todo es completamente evidente. Creerse inmortal no explica la negativa a vivir.

Pues aquí empezó la aventura realmente. Yo necesitaba saber cómo reaccionan los seres humanos a esto, e inicié una campaña en Twitter con mensajes muy claros y rotundos. Decir que tal red social limitaba los mensajes a 140 caracteres, lo que no permitía decir nada, pero tan solo unos meses antes lo amplió a 280. Esto ya permite una unidad de significado. Grotescamente nadie miraba el perfil, ni retwiteaba ni marcaba con me gusta, salvo muy contadas excepciones.

Sin embargo, fue suficiente. Con poquitas personas que sí se interesaron, con trucos simpáticos y alguna jugada astuta, conseguí saber que el asunto está en que nadie se cree inmortal, pero todxs, creyentes y no creyentes, se cogen el Infinito, que es la Inmortalidad, claro. Una jugada sucia en extremo, un juego macabro en la ignorancia, el consuelo de que la Existencia continúa sin mí, la Existencia en la no-Existencia, no sé, una cosa muy extraña, un modo de eludir la idea de la Muerte que supone la negativa a vivir sin querer saber nada que lo descubra. Aún no había organizado el hecho de la rabieta, ni el Pacto con la Muerte.

Lo gracioso del asunto es que yo había pensado por años que cuando llegase este momento, que no sabía cómo sería, tendría que esconderme o huir de algún modo para evitar el linchamiento. Claro, el Anticristo no puede ser ajeno a que todos los cristos fueron linchados, por eso son cristos (El Anticristo es el cristo del Fin del Mundo, el que deshace el entuerto humano. Lo que Nostradamus llama Anticristo es un mesías. Ver el documento “Mesías versus Cristo”, en esta misma web). Sin embargo, cuando llegó el momento, ni tenía nada preparado, ni intención de huir pero, ¿será posible?, ahí intervino mi madre.

Mi madre es la persona más horripilante que se pueda imaginar, es una pinche tirana de la más alta categoría, una mártir de Dios, la madre de Dios, la madre del Cordero, la que sería elevada a la categoría de Virgen si yo fuese linchado. Aunque supe que somos mortales y que este asunto es la causa de la desgracia humana antes de que ella me traicionase, todxs supimos esto en la primera infancia, fue su traición lo que me convirtió en loco, casi siempre es así. He relatado esta traición y hechos sucesivos varias veces en este mismo sitio web.

Mi madre saboteó desde entonces mi vida, me llevó a la locura, ingresando en hospital psiquiátrico completamente destruido, incluso estuvo unos cuantos años visitando en mi nombre y sin mi permiso ni conocimiento a al menos 2 psiquiatras y, cuando, como había hecho muchas veces, notó que yo estaba haciendo algo importante, con dedicación y con prisa, me montó el numerito.

Acababa de confrontar a un ser humano cualquiera en twitter, planteando muy bien el asunto y revelándole su criminal lucha y, mi madre, con todo el descaro, volvió a plantearme su preocupación por qué sería de mí cuando ella muriera. Claro, esto lo hizo ya siendo muy vieja y dependiendo de mí sensiblemente. Ella quería que yo la asistiese en su vejez, cosa a lo que estaba dispuesto y estaba empezando a hacer, pero siendo yo dependiente

de ella y a sus estúpidas, incongruentes disparatadas y rabiosas órdenes, y esperó esta ocasión para establecerlo.

No recuerdo bien toda la conversación, pero le dije: “Si eres dependiente, depende”. Entonces ella dijo con sorna: “Uy, ¿yo dependiente? Si supieras que estoy pensando en poner fin a mi vida pero, ¿qué sería de ti...?” Qué rabiosa. Chantajearme con su suicidio cuando en absoluto estaba deprimida ni tenía esa intención, y cuando me había llevado a mí a intentarlo años antes sin ceder ni un palmo en la presión de su tiranía, y utilizando mi intento de suicidio para dominarme grotesca y estúpidamente con la intención de sacarme a tomar el sol en una silla de ruedas sufriendo horriblemente y babeándome la camisa a causa de la tortura de lxs psiquiatras... Esa fue siempre su intención hacia mí, convertirme en un muñeco para su capricho, sin importar cuánto sufriera yo.

Le dije: “Suicídate cuando quieras, imbécil. No te necesito, ¡no te necesito!” Y tuve que sacarla empujándola de mi habitación, mientras ella decía que iba a llamar a la policía, y le respondía que lo hiciese, que la llevaría a juicio por acoso... Esto forma parte de una larga defensa terrible que he tenido que llevar a cabo con mi grotesca madre.

Ocurrido esto, seguí tranquilo y me disponía a cenar, eran como las 22:00 horas. Sabía muy bien que mi madre no iba a llamar a la policía, como otras veces que había hecho la amenaza pero, vaya, ¿y si llamaba? Yo era consciente de que me vigilaban desde hacía tiempo, me habían tendido alguna trampa, aunque no estaba completamente seguro. Ahora bien, si llamaba a la policía, me iban a pillar en muy mala situación, sin plan de defensa y sin haber averiguado completamente el Problema Humano. Intenté evaluar la situac... “¡Corre, corre, idiota! No pienses nada ahora, ¡Corre por tu vida!” pensé. Eché lo más elemental en la mochila, me vestí y salí despacio, pero sin pausa. Cuando salía vi que mi madre

estaba viendo la televisión. Reconsidero... “!No, no, no pienses ahora, ponte a salvo y luego ya verás! Y llegué con diligencia, pero sin correr, al coche. Arranqué y me alejé.

Conduje despacio y con cuidado. Cuando estuve a bastante distancia decidí que lo importante era cenar antes de que cerraran todo, pues estaba hambriento y era tarde. Fui al centro comercial. Bueno, aquello fue tremendo, estallaba en carcajadas cada pocos minutos, iba dando tumbos sin decidir bien a donde ir, me paraba a reírme y continuaba. Por fin me senté en la mesa de un bar. Elegí algo sencillo y una cerveza grande. Comí despacio entre carcajadas y notaba que la gente se fijaba en mí, y eso me hacía reír más. No pude acabar mi plato y pedí la cuenta. El camarero, simpático y preocupado, me preguntó si no terminaba la comida. Le respondí, simpático a mi vez, que estaba nervioso y no me entraba más. Él me recomendó tranquilizarme. Le dije que sí, que iba a ir al coche a escuchar música y me relajaría. Y así lo hice.

Fui al aparcamiento del centro. Había dejado el coche en lugar discreto, solitario. Puse música y pasé un largo rato sin preocupaciones. Al salir de casa corriendo había entrado en una euforia tremenda, semejante a la que experimenté en la mili durante 2 meses, pero mucho más brillante. Aquello fue un préstamo del Espíritu, ahora la euforia era cierta. Tenía, aunque aún no la explicación completa, la llave a la comprensión de la criminalidad humana que siempre me rodeó, y había comprobado que funcionaba. Era una alegría exuberante. Los descubrimientos y comprensiones se precipitaban en mi mente en un torbellino de gloria.

Llegado un momento me preocupé por dónde estaba y la hora. Eran las 4 y pico de la madrugada y estaba en el aparcamiento del centro comercial completamente vacío y con la música a tope. Pensé que estaría encerrado. La cosa no sería muy grave, solo esperar a las 09:00 horas a que abriesen, pero no me gustó nada la

idea. Arranqué y fui a la salida. Estaba abierta y salí sin problemas. Vale, ¿y ahora qué?

Vamos a ver. Mi situación no era desesperada, lo que había hecho en Twitter no era muy gordo, no creo que me buscasen por eso, no aún y, en caso de que mi madre hubiera llamado a la policía, muy improbable, se habrían ido al no encontrarme y sin aceptar denuncia, no había pasado nada. Con haber esperado unas horas y volver a casa, todo habría salido bien. Sin embargo, estaba tan eufórico que empecé a jugar a huir del linchamiento sin apenas considerar lo anterior, estaba como al fondo, lo actual era mucho más divertido. Además, mis comprensiones me llevaban a buscar más excitación y más comprensión.

¿Cómo se huye de un linchamiento? Éste fue el aprendizaje de los siguientes días. Primero busqué un hueco donde aparcar, algo discreto, en una calle secundaria. Tuve suerte y estacioné bien. Qué tremendo. Yo no escuchaba nunca la radio en el coche, solo cintas de música de los hippies y, cuando cambiaba la cinta, la radio estaba desintonizada, pero ahora, al sacar la cinta saltó una emisora católica, sonaba con claridad y sin ruido. Estaban dando instrucciones del Fin del Mundo: Que había llegado el momento, que nos entregásemos al Señor, que tomásemos nuestra cruz. No podía creerlo. Alucinante. Pensé que al amanecer encontraría personas completamente desnudas, arrodilladas en medio de la calle con los brazos abiertos, gritando: “¡Tómame Señor, a ti me entrego!”.

Desafortunadamente, se acercaban dos adolescentes borrachos por la otra acera. Daban patadas a los coches y papeleras, pero no montaban mucho follón. Esperé a que pasaran de largo, pero los imbéciles se detuvieron a mi altura, montando cada vez más follón, así que arranqué y me puse en circulación.

Un inciso aquí. Durante todo mi camino del conocimiento, la postura humana era la de sobrevivir individualmente, unxs pocxs, lxs que repoblarían el mundo después del Apocalipsis (Sí, ya sé, Apocalipsis significa Revelación, pero siempre se entendió como el final violento del mundo, porque es eso lo que revela).

Cuando los partidos, mal llamados de ultraderecha, pues son Liquidadores ya, fueron tomando posiciones en Europa y, especialmente, cuando Trump llegó al poder en Estados Unidos, y se había afianzado en él después de un gran revuelo, allá por la primavera de 2018, la perspectiva humana cambió. Ya nadie espera sobrevivir, todos los seres humanos van como corderitos al matadero, están completamente dispuestxs.

Los hechos aquí relatados ocurrieron en octubre/noviembre de ese mismo año, 2018. Y la Iglesia estaba tomando posiciones porque veían la cosa como inminente. En las fechas actuales, cuando escribo esto, están viendo que el asunto llevará más tiempo, y se han relajado y dispuesto a la espera paciente, aunque algunos curas dan mensajes brutales de suicidio, como si Jesucristo se hubiera suicidado, e invitan, exigen, que le sigamos en esto también. Soy el Anticristo, pero no soy tonto, escucho a los criminales religiosos, estudio a quienes comandan y articulan la agresión a la Existencia.

Es muy difícil pasar desapercibido. Por un tiempo me sentí a salvo circulando por el exterior de la ciudad pero, aunque iba despacio, mi estado eufórico y la avalancha de comprensiones me hacían conducir distraído. Me salté algún semáforo. Como era de madrugada, no pasó nada, pero comprendí que era peligroso. Entonces busqué aparcamiento. Difícil, como todo el mundo estaba en casa durmiendo, no había huecos. Al fin encontré uno y aparqué. Un rato de descanso. Sin embargo, había dos inconvenientes. Primero, aunque caminaba poca gente por la calle, muy poca, una persona en un coche, con música... Bueno, estaría

esperando a alguien, sí, ¿pero por qué se está partiendo de risa? Segundo, no puede imaginarse ella lectora la cantidad de coches de policía que circulan por la ciudad de día y de noche.

Pasé 3 ó 4 días, no sé de cierto, circulando sin saber a dónde o por dónde, y aparcando cuando tenía ocasión hasta que alguien notaba mi presencia o pasaba un coche de policía, y volviendo a circular. Claro, cuando se huye de un linchamiento, uno no se para a evaluar riesgos o quién es amigo o enemigo, solo se escabulle evitando todo en lo posible. Muy divertido, divertidísimo.

Iba al centro comercial a cagar y abastecerme de comida y agua, y alguna otra cosa. Una vez aproveché para comer una hamburguesa. Al pedirla, va la tía y me pregunta mi nombre. Me cago en su padre. Yo no soy paranoico, lxs paranoicxs son lxs perseguidorxs. No pensé que esa chica me anduviera buscando, pero decir mi nombre cuando huía de un linchamiento era algo que no iba a hacer, además me llamo Jesús, qué peligro. Le pregunte con sorpresa, “¿para venderme una hamburguesa me pides el nombre?” Explicó, “sí, es solo para llamarte cuando esté preparada”. Aliviado dije, “ah, pues apunta Javier”. Y tuve cuidado de no olvidarlo y responder cuando llamaran al tal Javier.

El grave problema es que no dormía. Desde que mi compañero de viaje me traicionó y sentí que lo tenía a huevo, no era capaz de conciliar el sueño, por la excitación. Le pedí somníferos al médico y la cosa funcionaba pero, primero, había olvidado cogerlos al salir corriendo y, segundo, aunque los hubiera tenido, ¿no se puede dormir cuando te estás partiendo de risa en comprensiones tremendas! Nótese que estaba reorganizando todo mi conocimiento a la vista del dato fundamental de que nadie se cree inmortal, además de estar en una aventura inigualable, inconcebible.

Por fin me encontré al principio de la noche en un barrio residencial muy tranquilo, allí solo se entraba a la vivienda, no de paso a otro sitio, y había algunos huecos para aparcar. Ideal, vamos

a ver si consigo dormir, pensé. Me cachis en la mar, se me acababa el tabaco, la batería del móvil y la gasolina, y no tenía ni idea de dónde estaba. Además, me encontraba tan agotado que no podía consultar el móvil. Nada, tengo que volver a casa con la gasolina que me queda y ya veré. Arranqué y circulé despacio buscando alguna indicación. En la calle principal encontré un cartel “Circunvalación. Todas direcciones”. Estupendo, directo a casa, me llega la gasolina que tengo. Y al doblar la esquina una gasolinera abierta. Redondo, llené el depósito de gasolina y compré tabaco. Bueno, ¿por qué voy a salir corriendo a casa? No, intento dormir aquí, estaba relajado, y mañana evalúo la situación. Volví al hueco, aparqué y me dispuse a dormir, un último cigarrito y...

¿Será posible?! Comenzó un episodio de angina de pecho. No se preocupe el lector, sigo vivo, pero fue muy gracioso.

Llevaba ya casi 3 años con episodios esporádicos de angina de pecho. En los 3 primeros no sabía qué era, de repente un dolor en el pecho que comenzaba en una zona arbitraria y se extendía por todo el tórax. Era muy fuerte, un dolor duro, grave, aunque no insoportable, y que duraba 15 ó 20 minutos en los que tenía que tumbarme boca arriba y estar muy quieto, pues el movimiento provocaba su avance. Pensé que eran los alvéolos pulmonares que protestaban por 40 años de tabaco. Claro, mientras dolía pensaba en dejar de fumar, pero cuando se iba pasando quería que terminase del todo para echarme un cigarrito. Pensé, “pues no voy a preocupar al médico por esto”.

Como la cosa recurría, miré en Internet. No había duda, solo duele así el pecho por ansiedad, que no tenía desde hacía más de 20 años, o por angina de pecho. Además está el síntoma inconfundible de la reflexión, al brazo izquierdo, al cuello o a la mandíbula; a mí me reflejaba en la base del cuello.

La angina de pecho es el constreñimiento de las arterias coronarias, que deja sin suficiente riego sanguíneo al corazón. La palabra constreñimiento no la he inventado yo, la usan las 3 enciclopedias médicas que consulté. Y no hay que confundir constreñimiento con estreñimiento. El primero es mucho más doloroso, bueno, esto a veces no, pero sí mucho más grave. El caso es que poca solución a esto hay salvo dejar de fumar, hacer ejercicio y comer sano. Estaba perdido. Luego, los episodios se paran con cafinitrina, que es la nitroglicerina de las películas a la que han añadido cafeína para mejorar su funcionamiento... Y que vayas al médico por que te estás muriendo, la angina de pecho se complica pronto con insuficiencia cardíaca y es preludeo del infarto, pues el constreñimiento dichoso puede fácilmente provocar un coágulo, máxime en unas arterias coronarias atiborradas de costillas de cerdo. (Vaya, parece que aquí hay un doble sentido, pero no es mi intención auto llamarme cerdo).

La cafinitrina no la dan en las farmacias sin receta, pero yo aprendí a parar los episodios con ácido acetil salicílico, usaremos la palabra aspirina para abreviar, y porque se entiende mejor, aunque sea el nombre comercial de una marca. Simplemente, como me dolía, pues tomé una aspirina. Ante mi asombro, en el momento de tragarla cesó el dolor. Eureka. También fui al médico, y me envió a cardiología. Una doctora sinvergüenza, después de hacerme un examen cardiológico completo, como todo estaba bien, no había dilataciones ni soplos, y el electrocardiograma era normal, la angina de pecho no se detecta con pruebas de ningún tipo si no está ocurriendo en el momento, me dijo: “no fume, ¡no fume!”, y me dio la mano. Tomé su mano por no montar allí un follón, pero sentí una repugnancia tremenda. Todo esto tiene relación con lo que voy a contar a continuación, no es por desahogarme.

Vale. Entonces volvemos al coche, me había fumado el último cigarrillo, recliné el asiento, me abrigué con lo que había por allí,

comienzo a relajarme y, toma dolor de pecho. Me cago en su padre. Bueno, calma, las aspirinas sí las había cogido al salir corriendo de casa, pues era, desde hacía tiempo, una cuestión de supervivencia. Me relajé, estuve quieto, porque a veces remitía solo y yo esperaba un poco antes de tomar la aspirina. Nada, progresa. Bien, primera aspirina de 500 mgs. No cesa. Espero un poquito, parece que progresa. Claro tampoco podía esperar mucho porque si progresaba a todo el pecho era más difícil de parar. Bueno, segunda aspirina. Vaya, vaya, la segunda nunca había fallado, qué asunto tan feo. ¿Qué hago? Esperé un par de minutos ahora. Sigue progresando. Malo, malo. Bien, tomaré una tercera aspirina. Nada, no cesa...

No iba a ser yo el estúpido que se tomara una cuarta aspirina. Sabía que se pueden tomar 2. 3 ya es muy arriesgado, pero 4 ni de coña. Evaluemos la situación entonces. Quede claro que a mí no me importa morir, qué bobada, la Muerte es la Nada. Una vez que se ha muerto no importa nada en absoluto, ni cuánto ni cómo se haya vivido, ni lo que pase después en la Existencia pero, carajo, estaba a punto de cambiar el mundo después de 30 años de investigación e intentos artísticos, qué fastidio morir en este momento. No, no, hay que intentar lo que sea.

Como el dolor era moderado aún, arranqué, puse el doble intermitente y salí disparado a urgencias del hospital. No tenía ni idea de dónde estaba pero, siguiendo las indicaciones de la carretera que entraba a la zona del hospital, llegaría rápido. Doble intermitente puesto, luces largas, 180 kms/hora, reduciendo e incluso parando por completo en las bifurcaciones para no errar el camino, lo que podía costarme la vida, mirando bien y asegurándome de que era por allí, llegué por fin a la entrada correcta y bien conocida. Bajé la velocidad en el casco urbano, saltándome los semáforos despacito, mirando bien y acelerando al máximo entre ellos, luces largas y doble intermitente aún. Entré en las urgencias del hospital. Vaya, ahora que me daba cuenta, ya no

me dolía el pecho. Estaba tan abstraído en la aventura de llegar antes de que el dolor fuese fuerte que no me di cuenta de que había desaparecido, y estaba ya en el carril de urgencias, en la puerta.

Saber que yo ya había estado en urgencias de mi barrio por esta causa, porque me había dicho el médico de cabecera que acudiese aunque hubiera cesado el episodio, cuando yo le había dicho que no iba a urgencias por la sencilla razón de que durante el episodio no podía moverme por el intenso dolor. El resultado fue que me hicieron un electrocardiograma, salió normal, me hicieron unas preguntas, que si tenía ansiedad y tal, y me remitieron a urgencias del hospital para “valoración”. No fui por 2 razones, primero, había epidemia de gripe y estaba colapsado, segundo, porque la palabra “valoración” me tenía mosqueado desde hacía tiempo.

Bueno, ¿y qué hago? ¿Doy la vuelta al circuito con mi doble intermitente y luces largas hasta la salida como en un chiste de los Simpson? No, ya voy a por todas.

Paré en la misma puerta de urgencias, quité las luces dejando el doble intermitente, apagué el motor y salí con enorme prisa. El guardia jurado ya iba a decirme que no podía dejar el coche ahí pero, al ver mi maniobra, se cortó un poquito y miró a otro lado. Entonces entré en urgencias levantando las manos en señal de alarma y gritando: “¡Infarto, infarto!, ¡angina de pecho!”. Un médico o enfermero se giró con gesto de, ¡vaya numerito! Sin embargo, reaccionaron bien.

Debían ser 7 u 8 personas, eran como las 3 de la mañana y estaban ociosxs, sin pacientes. Me hicieron pasar a una sala, me tumbaron en una camilla y me pusieron los electrodos para un electrocardiograma, que empezó a imprimir rápido. Una doctora me hacía preguntas impacientes siempre en presente, mientras yo intentaba contarle los precedentes, claro, porque en ese momento no tenía ningún dolor, a la vez que me ordenaba bajar el brazo derecho, que yo levantaba expresivamente, porque saldría mal el

electro. Bueno, aquello era una merienda de locxs. Entonces me dijo la doctora: “Tienes que decirnos lo que te pasa”, respondiendo yo: “ Si te lo estoy diciendo y no me dejas”. Ella replicó: “Pero tienes que responder mis preguntas, porque soy yo quien sabe hacerlas”. Entonces permanecí callado un segundo, y ella comenzó a hacer las preguntas correctamente.

Dtra.- ¿Tienes dolores en el pecho?

Yo.- Sí, muy fuertes, con frecuencia.

Dtra.- ¿Te duele ahora?

Yo.- Ahora no.

Dtra.- ¿Te irradia al brazo izquierdo o al cuello?

Yo.- Sí, aquí, en la base del cuello, casi constante.

Dtra.- ¿Te irradia ahora?

Yo.- Ahora no.

Me quitaron los electrodos y me pusieron de pie. Uno me dijo:

Enfermero.- ¿Has aparcado el coche?

Yo.- No, está ahí, con el doble intermitente. Apárcamelos, por favor. (Y le di las llaves).

Él cogió las llaves de mal gusto y salió. Al momento volvió, me dio las llaves diciendo:

Enfermero: Mira, apárcatelo tú.

Yo.- (saliendo de un sueño) Pero, vamos a ver, ¿yo no me voy a morir en los 2 próximos minutos?

Todos.- (A coro, débilmente) Noooooh, no, no.

Yo.- (cogiendo las llaves) Pues ya está, ¿dónde lo pongo?

Enfermera.- Donde no moleste.

Enfermero.- (Cogiéndome el brazo con afecto) Aparcas el coche y vuelves.

Aquí hay que dar 2 explicaciones: La primera es que lxs médicxs exigen al paciente que sea tontx y, en consecuencia, toman rápido la iniciativa sin dejar explicarse al paciente, que es quien sabe lo que le pasa y ha pensado la explicación. En esto di una gran lección a estas personas, llevando a la doctora a preguntar correctamente.

La segunda es que las urgencias del hospital, en su diseño, no prevén que una persona pueda llegar sola conduciendo su coche en una urgencia grave, y no hay un mísero aparcamiento a la puerta exclusivo para estos casos. Esto ocurre porque solo existen familias, no individuos, para esta estúpida sociedad. ¿Qué es eso de “médico de familia”?, es el médico de cabecera o medicina general, como siempre fue, sinvergüenzas. Así que tuve que aparcar encima de una acera porque no iba a buscar aparcamiento donde no lo había, y el parking más próximo está a un kilómetro de distancia, y volví para la “valoración”.

Estaba sentado en una zona de espera, vacía excepto yo, cuando asomó una doctora joven y simpática, preguntó: “¿Presión pecho?, digo, ¿Jesús Estrada?” Me partí de risa levantándome y diciendo: “Me puedes llamar presión pecho, no hay problema”. Entre risas simpáticas de ambos, me llevó a una sala. Me examinó con el estetoscopio, y me hizo muchas preguntas, en fin, lo que es una “valoración”. Cuando hubo terminado la exploración física le pedí disculpas por no haberme duchado hoy por circunstancias especiales. Dijo que no importaba, y siguió valorando...

Dra.- ¿Dime todas las enfermedades que has tenido?

Yo.- (Confuso) Pues he tenido muchas gripes... algún dolor de muelas... Es que eso de todas las enfermedades... ¿Tú has visto la película “El rey pasmado”?

Dra.- No.

Yo.- Pues es un rey del renacimiento, y uno de la corte no consigue dejar embarazada a su mujer. Se lo cuenta al cura y éste

le dice: “No te preocupes. Yo te pongo en tratamiento. Cuéntame todos tus pecados”. Y el otro responde con sorpresa y apuro: “¿Todos?”. (Y seguí diciendo sin interrupción mientras ella asentía y tomaba nota) Vamos a ver, tengo las 3 últimas vértebras soldadas; me operaron de un quiste sebáceo a los 12 años; estoy operado de hemorroides, pero eso no te lo voy a decir; me he roto 2 ó 3 huesos...

Dra.- Vale. ¿Alguna enfermedad grave?

Yo.- (Pensando despacio. Lo de la espalda fue tremendo; la rotura del pie, puff; el culo me dolió por 4 meses...) No grave ninguna.

Dra.- (Inclinándose hacia mí desde su silla) Pero la angina de pecho es una enfermedad grave.

Yo.- (partándome de risa) Ah, sí, claro.

Vamos a ver. Yo estaba allí por un episodio de angina de pecho, ambos lo sabíamos, ¿cómo iba a decirle eso? Por otro lado, a mí me parece grave una enfermedad que te invalida progresivamente, haciéndote sufrir y condenándote a la dependencia sin terminar de matarte. Sin embargo, una enfermedad que te mata en 15 minutos, con un dolor fuerte pero no insoportable, es una bendición, ¿Qué mejor modo de morir? Esto no me parece grave en absoluto.

Dra.- Bueno, te voy a pedir cita urgente para cardiología.

Yo.- Ya la tengo, para el día 19 de noviembre (faltaban 3 semanas escasas).

Y me dijo que esperara fuera que me llamaría otro médico.

Lo que ocurrió a continuación está ya dentro del “edificio del Espíritu”. No se haga líos ella lectorx, el Espíritu no es un sustituto de Dios. El Espíritu es la tendencia natural de la Existencia a organizarse: La casualidad. Es increíble en principio, pero la casualidad suele acumularse casualmente, sea para bien o para mal, y no depende en absoluto de la bondad o maldad del

protagonista, aunque sí de su habilidad o estupidez para seguir el hilo cuando es positivo, o salir cuando es negativo. Véase un jugador en racha. Gana todas sus apuestas contra toda probabilidad, pero cuando acaba la racha, sigue apostando esperando una nueva racha y pierde hasta la camisa. Todo en la Existencia funciona a base de rachas, así está expresado en la Teoría del Caos... Bueno, esto no lo he comprobado, pero seguro que lo dice, o debería decirlo.

El asunto empieza en la criminalidad brutal de lxs psiquiatras. El modus operandi de lxs guardianes de la fe en Dios, que son lxs psiquiatras, es más simple que el pensamiento de un nazi. Y de esto puede darse cuenta cualquiera, pero nadie quiere saberlo.

Cuando unx joven va a unx psiquiatra y le expresa, con difíciles y erradas palabras, pues no sabe lo que le pasa ni lo que va a encontrar, “por favor, ayúdeme vd. porque estoy viendo que voy a tener que suicidarme”, ela puterx le da la vuelta al mensaje y le hace sentir que está chantajeándolx con su suicidio, cuando ela psiquiatra está ahí para prestar precisamente esta ayuda. Algo brutal que destroza ala deprimidx que no consigue incorporarse a la sociedad. Y que lx pone en la única opción de matar a esx criminal y suicidarse. Ante esto, ela locx, así fue en mi caso, tiene que descubrir qué está pasando, por qué toma tal actitud una persona cuyo trabajo es hacer lo contrario, ayudar a su paciente.

A partir de aquí, ela psiquiatra planta un muro, el Muro, ante su paciente hasta que lo destroza por completo. Entonces le hace una jugada sucia, provocándole una crisis psicótica grave y, ahora sí, ahora lo tortura exigiendo la participación de la víctima en su propia tortura, invalidando su pensamiento y toda su persona con un descarado y sadismo brutales. Esto es unx psiquiatra. Si no lo sabías, eras o eres ciegx, y tan criminal como ellxs, pues trabajan para ti. Mira qué es un antipsicótico y qué es la dopamina. Explico esto más adelante, y he hablado extensamente en este sitio web.

Los sucesos encadenados en edificio del Espíritu que dieron lugar a la extraordinaria conversación entre este médico de urgencias y yo, y el resto de la historia, comenzaron unos 2 años antes cuando, al cambiar de médico de cabecera, la nueva doctora me preguntó si estaba tomando Zyprexa. Le dije que no, que qué era eso, no me sonaba, respondiendo ella que era un antipsicótico. Me hice el tonto y salí del apuro sin dar información, salvo que mi historia clínica en psiquiatría había terminado más de 20 años atrás.

Entonces supe 2 cosas. Primero, que mi madre estaba yendo al psiquiatra en mi nombre y sin mi conocimiento ni consentimiento, lo cual constituye delito tanto de mi madre como del psiquiatra. Segundo, que la cardióloga sinvergüenza había leído el historial clínico que el psiquiatra estaba haciendo a mi nombre sin verme si quiera, más delito aún, pues tal señora había puesto en el informe cardiológico, entre un párrafo y otro, sin venir a cuento y aislado del resto del informe, esquizofrenia paranoide. Claro, yo pensé entonces, ¿de dónde ha sacado esto esta tía?

Solo un par de meses antes de que empezara esta historia, el psiquiatra me hizo la jugada maestra, el viejo truco. Me llamó la administrativa de la unidad de salud mental anunciándome que me habían cambiado la cita. Yo ya me sabía este truco, me lo habían hecho dos psiquiatras años atrás. Ya no podía dejar más las cosas como estaban. Escribí una nota para el psiquiatra y fui a la unidad a dársela a la administrativa. La nota decía que mirase mi página web a ver si se atrevía a meterse conmigo ahora, o dejase de ocuparse de mí en lo más mínimo. Claro, este sumiso que se había humillado grotescamente para ser psiquiatra, cuando ya me había derrotado y humillado, y le dije que iba a cambiar el mundo, me respondió con un desprecio y prepotencia brutales que cómo lo iba a hacer. Yo le respondí que aún no lo sabía. Ahora, a ver si se atreve conmigo. Yo ya tenía una página web con obras grandiosas y que revelan qué es la locura, y que él no habría mirado nunca. Ya

le acojoné en una ocasión, en el episodio que me llevó al hospital psiquiátrico por primera vez y única hasta aquí. Se acojonaría ahora más totalmente.

La administrativa, consciente de que estaba cometiendo un grave delito, con sonrisa sornosa, me rechazó la nota alegando que ese doctor ya no estaba en esa unidad, y que “la que me llevaba” era la doctora tal, la que me había atendido de urgencias en enero de ese año. Era falso, yo no había sido atendido de ningún modo por ningúnx psiquiatra en más de 20 años.

Casualmente pasó por allí la doctora autora del delito en cuestión, del que estaba siendo cómplice la administrativa, cuando le estaba diciendo que me diera esa cita con ella, que íbamos a aclarar esto. Ella misma, la psiquiatra, me invitó a pasar a la consulta. La hice callar hábilmente cuando me estaba dando la charla de la medicación, dejándole claro que yo sabía qué es la locura, y la invité a mirar mi web en el ordenador, a lo que respondió, como todxs lxs criminales del mundo, que no tenía acceso a Internet. Le dije que me diera la cita para una semana, cuando hubiera tenido tiempo de ojear mi sitio web, y así lo hizo.

Bueno, abrevio, la cosa fue muy chistosa, pues grabé y la avisé de que estaba siendo grabada la conversación. Ella lo negó todo, incluso que hubiera visto mi web, se negó a darme una copia del historial clínico que estaba falseando a mi nombre, cosa a la que está obligada por ley, y no dio ni un solo dato ni reconoció nada. Por un momento intentó tomar la iniciativa, pero la destrocé al acusarla de que ella se ocupaba de que lxs locxs nos sintamos mal. Incluso le prohibí que tomara notas pues eso no era una consulta, sino una reclamación administrativa, y el historial que estaba haciendo era falso... Terminé prohibiéndole que viera a mi madre a mi nombre y que la informara de nada de lo que allí había pasado. “¡Yo no he solicitado sus servicios, señora. Es ilegal que vd. se ocupe de mí en lo más mínimo!”, terminé.

Unos meses después, cuando ya se cogían los medicamentos de la farmacia sin pedir la receta al médico, mi tarjeta de la seguridad social no funcionaba. Fui a 3 farmacias distintas y lxs farmacéuticxs se mostraban extraños al decirmelo, alegando que se estropeaban las bandas magnéticas a veces, de llevarlas en la cartera. Me mosqueé, pero no hice ideas conspiranoicas. Pedí la renovación de la tarjeta en el ambulatorio y fui al médico a por recetas mientras me daban la nueva, lo que tardaría un mes.

El médico, después de explicarle el problema con la tarjeta, me preguntó cómo iba de la angina de pecho y tal, me tomó la tensión, me dio un medicamento para bajarla un poco y me dijo que me daba cita para cardiología muy urgente, pero no a urgencias, sino a la unidad ordinaria. “Bueno, vale”, le dije. El problema es que estaba ya iniciando la campaña en Twitter, ya sabía que nadie se cree inmortal, y calculaba que cuando fuese la cita iba a estar muy ocupado cambiando el mundo, como de cierto fue después. Pero tomé la cita.

Con mi hoja de citación entré en Internet para determinar la dichosa cita. Me la había dado para la misma unidad de cardiología donde ya estuve, e indicaba, cuando la fui a cambiar, que el médico había solicitado el adelanto de la fecha, y que si la cambiaba perdería esa ventaja. Aun así la cambié a otra unidad, en el 12 de Octubre, un hospital de Madrid, aunque tuviese que hacer un pequeño viajecito. La cita era para el 19 de noviembre.

Vale, pues ya tenemos todos los datos, aproximados y resumidos, para entender la conversación que tuvo lugar cuando acudí a urgencias por el episodio de angina de pecho llevando 3 ó 4 días de fuga huyendo del linchamiento. Me habían hecho la “valoración” y esperaba a otro médico.

Me llamó un médico joven, de aspecto agradable, y pasamos a una sala sin amueblar, estuvimos de pie. No recuerdo bien cómo

empezó la conversación, fue con un repaso de los últimos acontecimientos, allí mismo. Llegado un momento me acusó, como quien acusa a un niño pillado en una travesura, de que yo ya había estado en cardiología. Le dije: “Ahh, sí. Pero eso fue un error”. “Ah, ¿Fue un error?”, intervino él mientras entraba en trance.

Claro, yo aún no sabía lo que estaba pasando, pero este muchacho había leído mi historia clínica psiquiátrica. Es confidencial, pero lxs médicxs comparten las confidencias entre ellxs, como lxs vecinxs. Entonces se produjo la extraordinaria conversación. Yo hablaba de cardiología, mientras él hablaba del Cristo, el Anticristo y el Fin del Mundo y, sin embargo, aunque hablábamos de cosas distintas, nuestras preguntas, respuestas y comentarios encajaron a la perfección, llevando a este muchacho a un trance profundo.

Dr.- O sea, que fue un error. Pero cuéntame cómo ha sido este episodio.

Le conté cómo manejaba la aspirina en el control de mi afección, y cómo había sido esta vez. Él escuchó con mucha atención, ensimismado, asombrado.

Yo.- Al ver que el dolor de pecho no remitía, pero tampoco progresaba, como aún podía correr, correr => conducir, me dije: “pues voy a correr ahora”. Puse el doble intermitente y las luces largas, y conduje a toda velocidad hasta aquí.

Dr.- Sí pero, ¿qué significa el doble intermitente?

Yo.- Bueno, el doble intermitente es el aviso de emergencia, e incluye las dos posibilidades para que quien me vea me ceda el paso y tenga precaución porque podría ir indistintamente a un lado o al otro.

Dr.- Aaahh, entiendo... Entonces ¿es en +++++ esta vez?

Yo.- No. El médico de cabecera me dio la cita para +++++, pero yo la cambié para el 12 de Octubre (hospital).

Dr.- (El 12 de octubre, fecha, ya había pasado). Aahh. Entonces es el 12 de octubre esta vez. ¿pero dónde?

Yo.- (desconcertado) En cardiología..., en el 12 de Octubre.

Dr.- (Cayendo en su error, riendo ambos) Ah, claro y, entonces, ¿cuándo es?

Yo.- El 19 de noviembre.

Dr.- O sea que esta vez es el 19 de noviembre en el 12 de Octubre.

Yo.- eso es.

Este muchacho estaba entendiendo que lo de Jesucristo fue un error, y que ahora iba a hacerlo yo, el 19 de noviembre en el 12 de Octubre. Aunque yo no lo sabía aún, pero más tarde analizaría el extraño diálogo.

Hubo una pausa.

Dr.- Pero, ¿por qué tomas aspirina (500mg) para pararlo?

Yo.- Lo aprendí por casualidad, y me funciona.

Dr.- No, no, eso no se hace así.

Yo.- Bueno, yo tomo aspirina para llegar al 19. (Yo me refería para sobrevivir. Él entendía para la jugada del Anticristo, que debía imaginar que era un nuevo linchamiento).

Dr.- No, no, así no llegas.

Yo.- Ah, vaya. Lo estoy haciendo mal.

Dr.- Sí, porque la aspirina te puede provocar una hemorragia.

Aquí hubo una pequeña conversación un poco ajena al asunto en la que él dijo, fuera de contexto, la palabra “después”, pero daba la conversación por terminada y salía del despacho. Entonces, yo le dije:

Yo.- Perdona, doctor, pero todavía no me has dicho cómo llegar al 19.

Dr.- Ahora te digo.

Yo.- Ah, entonces espero. (Y él asintió).

Qué gracioso, había dicho “ahora te digo”, no “ahora te lo digo”. Me senté fuera a esperar.

Apenas tardó 3 minutos. Traía un informe. Me levanté y procedió a darme instrucciones:

Dr.- Tomas aspirina 100 mg. al día como prevención...

Yo.- O sea, 100 mg. al día como prevención sí, pero no 500 mg. en el episodio.

Dr.- Eso es.

Yo.- Bien, y ¿cuando se produzca el episodio?

Dr.- En el episodio tomas un paracetamol. ¡Sólo uno!

Yo.- Sólo uno, bien. Y ¿si no para?

Dr.- Entonces tomas un nolotil. ¡Sólo uno!

Yo.- Bien, un nolotil. Y ¿si no para?

Dr.- (Girándose a darme la espalda). Pues entonces ya te vienes para acá, si total queda poco.

Yo.- (Dándole la mano). Gracias, doctor. (Cogí el informe y me fui rápido).

Qué cachondo este tío. Resumiendo, me dijo: “Si te estás muriendo, no te tomes una aspirina porque te puede matar”. Y estaba despreciando la posibilidad de que la aspirina me salve la vida. Pero no me dio cafinitrina.

Por otro lado, eso de que la aspirina pueda producir una hemorragia es una solemne tontería, un dogma de fe médico. Lo que pasa es que dificulta la coagulación de la sangre. Entonces, si se tiene una herida sangrante, no se debe tomar aspirina porque entorpece la cicatrización. Yo he tomado miles de aspirinas en mi vida, era habitual hasta hace unos pocos años, para el dolor de cabeza, bajar la fiebre, y todo tipo de dolores, y siempre me funcionó. Todo el mundo lo hacía. Nunca me provocó hemorragia ni supe de nadie a quien le ocurriera. Entonces, bien que pueda suceder, la probabilidad es mínima. No seré tan estúpido de

morirme sin aprovechar este recurso, por muchos médicos que me lo digan. Tuve más episodios desde esto. Tomé Paracetamol, no lo paró. Tomé Nolotil, no lo paró. Entonces tomé aspirina y lo paró. Estoy vivo por ahora gracias a no fiarme de lxs médicxs.

Luego aprendí en Internet que la angina de pecho sí efectivamente se para con aspirina, pero tomando de 100 en 100 mgrs. hasta 4 veces, y mejor masticándola. Esto me ha ido muy bien desde entonces. Sin embargo, ningúnx médicx ha querido darme estas vitales instrucciones. También pasé a fumar cigarrillo electrónico, mucho menos perjudicial, casi nada. Esto me ha salvado la vida por ahora y seguramente por mucho tiempo. Tampoco me lo indicó ningúnx médicx. Qué sinvergüenzas.

Bien pues, salí de allí hambriento, agotado, pensativo... Pensé en pasar por una farmacia de guardia, pero no hacía falta, tenía suficientes aspirinas, y me encontré aparcando al lado de mi casa. No había considerado si ir allí o no, o el peligro que esto suponía pero, oye, ya que estaba allí, decidí entrar, comí algo y dormí largas horas.

Cuando desperté estaba bastante fresco, y me puse a publicar en Twitter. No recuerdo qué escribí, no debía ser muy gordo, pero salí corriendo otra vez. En esta ocasión cogí mucho tabaco, el cargador del móvil, que había dejado enchufado y estaba lleno, una manta para dormir bien en el coche y, por supuesto, las pastillas para dormir.

Me dirigí al casco urbano de la ciudad. Me encontré con un contingente policial tremendo. No sabía si había habido algún atentado o qué, pero los controles eran brutales, no un coche y una moto, no, había controles con 2 ó 3 furgonetas, 3 coches, varias motos, y un sin fin de hombrxs armadxs hasta los dientes. Claro, dije, este montaje no puede ser para pillar al Anticristo, pero al momento me di cuenta de que sí. En mis comprensiones desde que

salí corriendo la primera vez, me había dado cuenta de que el ser humano ha representado el Fin del Mundo una y otra vez, esto son las guerras y demás tumultos. Entonces, la policía en general es el cuerpo contra el Anticristo, en todos los tiempos y en todos los lugares.

Decidí salir de la ciudad en la dirección radial más directa, y me encontré pronto circulando por carreteras secundarias muy tranquilas. Fue maravilloso. Me inundó una sensación de paz semejante a la que induce la morfina cuando ya ha pasado su efecto más fuerte, una tranquilidad exquisita, magnífica. Pasé los siguientes 3 ó 4 días de pueblo en pueblo. Compraba víveres, buscaba un parquecito, fumaba allí relajado y a gusto un par de horas quizá y, cuando alguien notaba extrañadx mi presencia, pues la gente es muy sensible a lo distinto y, sobre todo, al bienestar, pues con mucha calma y disimulo, ponía tierra de por medio al siguiente pueblo, y otra vez.

Un día vi un restaurante chino y decidí comer bien allí. Qué maravilla, me atendió una chica súper amable. Le pregunté si los rollitos de primavera eran grandes o pequeños, para pedirle uno o dos, respondió que grandes, así que pedí uno. Delicioso. Luego comí un guisado de pato a la no sé qué. Riquísimo, qué pena que no pude terminarlo, le pedí disculpas por ello. Un postre también muy bueno. Y muy barato. Salí encantado. Lo estaba pasando genial, como nunca en mi vida.

El problema seguía siendo que no dormía, ni con pastillas. Una noche encontré un buen sitio, ideal pero, cuando empezaba a relajarme, estaba amaneciendo y me encontré completamente despierto y activo. Decidí ponerme en marcha a ningún lugar.

Otra noche la hora era buena, el sitio inmejorable. Parecía que por fin iba a dormir bien. Me tomé la pastilla, fumé un par de cigarrillos, estaba relajado cuando vi que el coche de delante tenía

como adorno en la bandeja posterior un gato ahorcado. Qué mal rollo. No podía creerlo. Por un momento me cercioré de que mi percepción no me engañaba, pero me dejé de juicios y me puse en marcha. Yo no me guío por señales o augurios, solo siento y deduzco.

Existen dos tipos de manifestaciones extrañas: augurios y señales. Cuando ocurre un augurio, se espera a ver qué pasa, con precaución, pues puede ser bueno o malo, pero cuando es una señal, se sale corriendo. Y eso hice en esta ocasión, el sentimiento hacia aquello era muy malo, no iba adormir allí. Resulta que el lugar donde estaba era un fondo se saco, muy inapropiado para alguien que huye de su linchamiento, y no me había dado cuenta. Busqué otro sitio, poniendo tierra de por medio, pero no resultó. Un día más sin dormir.

Pese al agotamiento, yo había estado atando cabos y, en un pueblecito tranquilo, me puse a redactar mi siguiente Twit. Resultó así:

LINCHAMIENTO DEL ANTICRISTO

19 de noviembre de 2018 13:30 h

Hospital 12 de Octubre, Madrid

Patrocina Fedán Secuaces

Espectáculo colosal

¡Escuchemos la voz del Infinito!

(Fedán es el nombre deformado de la psiquiatra que me tendió la trampa. Y secuaces los demás psiquiatras y policías que participaron).

Claro es que un linchamiento y, sobre todo el propio, hay que tomárselo con humor. El Espíritu estaba montando un edificio y yo tenía que seguirlo. Si no hubiese tenido el episodio de angina de pecho, y si no hubiera entrado en urgencias, aunque no hiciera

falta ya, no habría metido la pata el médico jovencito, y no habría sabido que me habían tendido una trampa en la visita a cardiología. Todas estas casualidades había que jugarlas, y así lo hice.

¡Qué problema! Estaba perdido por alguna carretera al sur del país y, aunque disponía del móvil, con el que podía twitear, no tenía la contraseña, no se me había ocurrido cogerla, yo funciono con el ordenador, el móvil me resulta engorroso. Bueno, tiene solución, pensé, pido el restablecimiento de la contraseña y solucionado.

Esto es un sistema automático en principio pero, cuando la pedí, no respondía. Vaya, que asunto tan feo. Decidí dejar la comunicación abierta a ver si llegaba el mensaje alguna vez. Y llegó 4 horas y pico después. ¿Por qué tarda 4 horas un mensaje automático? Esto hay que pensarlo despacio, no voy a twitear ahora, decidí.

Seguí circulando de pueblo en pueblo en un mar de placer exquisito, pero el cansancio hacía mella. Llevaba unos 7 u 8 días habiendo dormido solo una noche a la mitad de la aventura, y el sueño es muy necesario, de hecho, un truco muy recurrido, especialmente por lxs religiosxs, para tener visiones es no dormir. Pueden fallar los alucinógenos, pero la falta de sueño no falla, oye. El problema es que de este modo las visiones y todo el pensamiento se emborrona cayendo en estado de confusión. Que a nadie se le ocurra usar este truco, que vaya a los alucinógenos, bien descansadx.

La idea de volver a casa iba tomando fuerza, aunque no estaba hecha la decisión, cuando me encontré circulando por una autovía. No me gustaba ir por carreteras primarias ni terciarias, sino solo secundarias. Cogí el primer desvío y... Toma castaña. Me encontré en una jaula. Todo vallado sin poder salir ni andando, no ya con el

coche. Tres salidas con la barrera echada y un semáforo en rojo en cada una de ellas.

¡Qué mal rollo! Me paré a distancia y pensé un poco. Lo primero que hice fue poner el doble intermitente, no fuese a provocar un accidente en mi confusión. Di un poco marcha atrás, la intención era volver a la autovía que había dejado, pero salir marcha atrás a una autovía... Lo descarté. Estuve parado quizá 30 segundos hasta que, sin tomar una decisión, me acerqué a uno de los semáforos en rojo... Se puso verde y una voz metálica me dijo “coja su ticket”. ¡Qué puterxs! ¿¡Será posible semejante burrada!?! Cogí el ticket maldito y se abrió la barrera. Continué, no había otra posibilidad.

Llevaba 15 ó 20 años esquivando las autopistas de peaje, una salvajada que hizo el gobierno de Aznar, de derechas. Un regalo a los ricos, y garantizando beneficios y cargando las pérdidas al heraldo público. En fin, no entro más en esto. El caso es que cuando menos buscaba problemas, esquivando todo riesgo, voy a caer en una de estas trampas que no conocía. Ya había pasado por muchos peajes en mi vida pero, por donde se podía salir, el semáforo estaba verde, ¡Carajo!

Bueno, me fui tranquilizando, no quise ni pude entrar en pensamientos de enojo, estaba agotado. No, yo no me meto en líos, ahora menos que nunca... Y a unos 10 kms. estaba la parrilla de peaje. Nada, pago lo que sea y sigo pero, vaya, al entrar en la vía vacía, había varias y esperaban unos cuantos coches, estaba un joven discutiendo con la máquina. El joven decía que el semáforo estaba en rojo, mientras la máquina se empeñaba en que estaba verde. No pude pasar sin más. Detuve el coche, salí de él, y le eché una abronca tremenda al de la máquina, mientras él se defendía torpemente por una sola vez.

Yo ya sabía en este momento que se estaba representando, en ese peaje, el truco del Fin del Mundo, que consiste en creer que cuando nos acerquemos al abismo, en el último momento y sin

posibilidad de retorno, se abrirá un mundo nuevo. Y es así realmente, pero hay que abrir el mundo nuevo antes de llegar al abismo. Aquí el semáforo en rojo que se pone verde al acercarse a él representa el equívoco que nos costará el atroz suicidio del planeta perpetrado por todos los seres humanos que, cuando estén junto al abismo, se retorcerán de horror ante el crimen contra la Existencia que estarán cometiendo sin posibilidad de revertirlo ya, conociendo entonces el Espanto del Rostro de Dios. Sin embargo, no quise mostrar estas cartas aquí. Solo defender al joven, que no sabía expresarse.

Yo.- El semáforo está en rojo, sinvergüenza. Y cuando se puede pasar por ahí, el semáforo tiene que estar en verde.

Máquina, voz masculina.- Y usted también ha dado marcha atrás para no pagar el peaje. (Sin negar mi acusación).

Yo.- He dado marcha atrás porque no sabía qué estaba pasando. Y he puesto el doble intermitente por si alguien pasara por allí tuviera cuidado conmigo porque estoy confuso y no sé lo que hago. ¿Pero tú sabes el susto que me has dado, imbécil? ¿Crees que yo he hecho eso para no darte 2 euros a ti? No, mira yo te voy a meter 10 euros...

Máquina, voz femenina.- Usted se calla.

Yo.- No, la que tiene que callarse eres tú. Llevo 40 años conduciendo, y jamás he encontrado un semáforo rojo que se ponga verde al acercarse a él. Los semáforos rojos se esperan y, si esos semáforos no esperan nada, ¿qué hago yo en esa jaula?, ¿esperar la muerte, sinvergüenza? Si se puede salir por ahí, pon el semáforo en verde, imbécil. ¿¡Pero qué trampa macabra os han regalado a vosotrxs!?

Se callaron lxs dos mientras intentaba meterle los 10 euros. La máquina dijo “son 1 euro con 85”

Yo.- No, no me digas cuánto vale esto. Yo te meto 10 euros y me abres la barrera, luego haces lo que quieras.

Pero no encontraba la ranura adecuada, y el imbécil de la máquina me dijo que metiera el dinero.

Yo.- Si lo estoy intentando, ¿pero por dónde se te meten a ti 10 euros!?

Entonces, el joven, que había permanecido callado toda la discusión, me indicó la ranura adecuada, la barrera se abrió mientras la máquina daba el cambio, que allí se quedó. Y Continué mi viaje a ninguna parte.

Debí recorrer unos 200 kms. dirección norte por autovía pública, ya no de peaje, sin saber qué hacía ni cómo, tanto por el agotamiento como por el susto tremendo que me habían dado.

Llegué a un pueblo. En un cruce, cuando iba a pasar apareció otro coche en perpendicular y paró cediéndome el paso. Miré mi semáforo y estaba en naranja intermitente, así que frené en seco. Inmediatamente vi que su semáforo también estaba naranja intermitente. Arranqué y, bajando la ventanilla le dije:

Yo.- Perdona. Es que si todos los semáforos están naranja, ¿qué hacemos?

Mujer joven del otro coche.- ¡Serás presidente!

Busqué un sitio tranquilo, me relajé y cené en el coche, con lo que tenía, que era bastante.

Bueno, pues nada. Voy a casa directamente, llegaré por la noche, antes de que se despierte la fiera, mi madre, twiteo el linchamiento del Anticristo y me echo a dormir. Luego ya verá. Pero no iba a ser así la cosa, el Espíritu me deparaba más aventuras.

Al salir del pueblo paré a echar una meadita. Mientras lo hacía vi una escena extraña delante, a distancia. Era una pelea. Alguien había arrojado a otro al suelo y se disponía a patearlo. No me lo

creí, sino que miré atrás, al coche. Estaba en marcha y con la puerta abierta. Qué imprudencia, qué fallo. Corté la meada y volví al coche, lo paré, saqué la llave, cerré la puerta y volví a terminar mi meadita.

Comprendí que estaba viendo imágenes irreales, alucinaciones, a causa del agotamiento. Consideré echarme a dormir, pero estaba muy confuso y, aunque habría sido lo adecuado, decidí llegar a casa y ya dormiría bien. Vi la indicación de mi ciudad por autovía. Estupendo, por aquí voy bien. Saliendo ya del pueblo vi dos motocicletas que arrancaban y se dirigían a mí. Nada, alucinaciones, seguí mi camino. Ya en carretera me encontré con la entrada a un puente y en ambos lados de la calzada había señales de obras. Qué mal rollo, no me gusta, así que paré, puse el doble intermitente, di la vuelta, quité el doble intermitente y volví al pueblo. Debía haber seguido mal la indicación.

Retomé el camino. Volví a ver la indicación y ocurrió lo mismo. No, no, no puede ser. Otra vez al pueblo. Seguí camino distinto al de la indicación y, saliendo ya del pueblo estaba la indicación correcta, a mi ciudad por carretera normal, señal en blanco en vez de en azul. ¿Será posible que esté mal indicado el camino precisamente ahora? Esta vez la carretera era correcta y, en unos kms., salí a la autovía. Vale, todo está bien, unos 200 kms. y estoy en casa.

Música tranquila y maravillosa, “The dark side of the moon” de Pink Floyd. Pin pan, todo bien, y aparece, detrás de una curva suave un guardia con la barra de luz indicándome entrar al desvío...

Qué burrada. Aquello parecía el desembarco de Normadía. Un despliegue tremendo. En una explanada asfaltada había 3 ó 4 filas de puestos policiales, 5 por fila. Digo “ya estoy alucinando otra vez”, pero no, era muy cierto.

Dos incisos aquí:

1º.- Iba fumado de hachís. Lo he fumado casi toda mi vida desde los 15 años de edad. Interrumpí su consumo en la universidad por la sencilla razón de que el grupo de amigos con el que me junté allí no lo fumaba, pero al romperse este grupo, recuperé su uso. He hablado mucho del hachís y otras drogas en este sitio web. El caso es que el hachís ha sido mi maestro en el camino del conocimiento. Quien no quiera consumir hachís u otras drogas, que no lo haga, nadie le obliga, pero que no prive a los demás de ello, no mutiles la Existencia, sinvergüenza.

2º.- Es una burrada poner controles policiales para evitar la conducción bajo los efectos de drogas, alcohol y demás, porque quien conduce en estas circunstancias es el primerx que se pone en supuesto riesgo. Si alguien decide por mí cómo puedo o no puedo conducir me está degradando, pues se sitúa en posición más alta para decidir por otrxs. Esto está protegido por el artículo 1 de la Declaración Universal de Derechos Humanos: “Nadie será sometido a trato degradante” pero, claro, nadie, ni lxs defensorxs de tales derechos, se da cuenta de esto. Por otro lado, soy testigo experimentado de que quienes conducimos drogados somos muy prudentes por lo general, mientras que quienes no toman drogas, ni una cerveza, comenten tremendas negligencias. No está probado, porque es al revés, que el consumo de drogas aumente la siniestralidad. Véanse las estadísticas publicadas por la mima DGT (Dirección General de Tráfico).

Yo había fantaseado mucho sobre cómo actuaría ante semejante agresión y, cuando me encontré con este muro brutal, no pude disimular, y tuve que hacer lo que relato a continuación, que puede titularse “El sermón de la droga”. Por suerte, tenía en un papel apuntado el Twit del linchamiento del Anticristo que he citado anteriormente y repito aquí para que no tengas que buscarlo.

LINCHAMIENTO DEL ANTICRISTO

19 de noviembre de 2018 13:30 h

Hospital 12 de Octubre, Madrid

Patrocina Fedán Secuaces

Espectáculo colosal

¡Escuchemos la voz del Infinito!

Al entrar en la explanada un segundo agente me indicó una dirección con su palo luminoso, fui para allá muy despacito y, cuando encontré a otro agente, paré a su lado y le pregunté:

Yo.- Oiga ¿pasa algo aquí?

Agente.- ¡¡¡Síhhí!!! ¡¡Estamos buscando drogas!!

Yo.- Pues sí que estamos bien.

A.- ¡Pare ahí! (indicándome un lugar distinto de la cola a un control, cosa que hice y puse el doble intermitente. Se me acercó como el más agresivo de los macarras que jamás he visto. Un energúmeno).

Cuando llegó a mi lado, la ventanilla estaba bajada, claro, le presenté el papel con el Twit dichoso, pidiéndole, por favor, que lo leyera, a lo que se negó rotundo.

Yo.- Oiga, si quiere usted alguna documentación de mí, tendrá que leer este papel antes o comprometerse a leerlo después.

A.- (Muy agresivo, pero empezando a calmarse). Usted tiene que identificarse.

Yo.- Sí, identificación sí, por supuesto, eso no se lo niego a nadie, (y le di el DNI y el carnet de conducir) pero si usted quiere cualquier otra documentación mía o del coche, tendrá que leer esto. (Yo hablaba con voz muy fuerte, igual que él, y añadí) Yo nunca niego mi identidad. Alguna vez publico algo con pseudónimo para ver qué acogida tiene, pero una vez decidido, publico todo con mi nombre.

Otro agente llegó a su lado. Examinaron mi documentación y el segundo se iba con ella a algún puesto. Fui detrás de él, gritándole que no se llevara mi documentación. Entonces el primero, viendo ya que esa situación se salía de su repertorio de situaciones posibles, extrañado, bajó el tono de su voz, y me dijo, casi con amabilidad, pero autoritario aún, que apagasen las luces del coche. Le dije que no, indicando con el dedo. Él, contrariado pero buscando la agresión, me indicó que era para que no se agotase la batería. Así que le dije que eso sí, que gracias, pero el doble intermitente se queda. Lo hice con su asentimiento y ya volvía el otro con mi documentación y algunos curiosos, policías y paisanos.

No recuerdo muy bien todo el desarrollo de los acontecimientos pero, por estos momentos, el macarra principal leyó el papel del linchamiento del Anticristo y sonrió complacido pero con reservas, entonces se lo pasó al otro...

Siguió con su degradante y humillante rutina, no iba a dejar de ser policía macarra por un twit gracioso. Me preguntó si había bebido o tomado alguna droga. Le dije que había fumado cannabis unas horas antes de empezar a conducir. Le expliqué que fumo cannabis desde los 14 ó 15 años, y que cuando llegó el momento de conducir, a los 18, probé a conducir fumado, con mucha precaución. Bueno, sí, no, parece que hay un aprendizaje, pero no me compliqué la vida, simplemente, cuando voy a conducir no fumo cannabis un rato antes. Ahora bien, lo que no voy a hacer es contar el tiempo calculando cuándo voy a salir y cuándo dejo de fumar, eso no.

Esto era cierto en parte. Así fue al principio pero, claro, poco a poco hice el aprendizaje necesario para conducir fumado. En esta ocasión iba ciego de porros, como siempre últimamente.

Pero esto es lo de menos. Ya me había dado cuenta de que este aspirante a God no andaba evitando que la gente conduzca bajo los efectos de las drogas para minimizar accidentes, sino que como dijo en su primera frase “Estamos buscando drogas” se trataba de una cuestión moral.

En un momento, el hombre quiso probar a ganar la discusión, me leyó un texto breve que supuestamente, según él, hablaba del abuso de drogas. Lo escuché: que si pérdida de atención, que si visión doble... “No veo la palabra abuso por ninguna parte”, dije cuando terminó. No se puso muy rabioso por el momento.

En un momento posterior, dijo:

Policía macarra.- ...La heroína, el cannabis...

Yo.- (Le corté rápido) ¡Oiga, no le permito que meta el cannabis con la heroína en el mismo paquete! ¡La heroína es una trampa macabra, el cannabis es una droga bellísima!

PM.- ¿Qué tiene de belleza?

Yo.- El cannabis es conocimiento, creatividad, experiencia, relación con otras personas y con el mundo entero... ¡¿Cómo puede llamar abuso a eso?!

Para entonces el policía macarra estaba derrotado y se había formado un pelotón de curiosos que se pasaban el papel del linchamiento del Anticristo de uno a otro y expectaban mi sermón. Habían abandonado, tanto policías como humilladxs, los 15 puestos que habría allí, y vinieron a escucharme.

Me había hecho soplar ya, dando negativo en alcohol, y me había metido un bastoncillo semejante a los de las orejas bajo la lengua, dando positivo al cannabis.

Yo.- ¡Oiga, ¿con quién tiene que hablar usted para dejarme seguir mi camino?! ¡¿Con Rajoy, con Donald Trump?!

PM.- No, yo no tengo nada que ver con Trump.

Yo.- ¡¿Que no tiene nada que ver?! Oiga, ese hombre está arrancando a niñxs de 7 y 8 años de los brazos de sus padres y abandonándolos a miles de kms. ¿Cree usted que ese hombre va a parar en algún punto? (Aquí levanté un murmullo de aceptación y reconocimiento asombrado en el público).

Yo.- ¡¿Qué es eso de que Hitler mataba judíos?! Simplemente, por algún sitio había que empezar. De hecho, Hitler no empezó por los judíos, ¡Empezó por los idiotas!

Un idiota del público.- Ahh, ¿nos llamas idiotas?

Yo.- ¡Sí! Y te puedo decir una palabra mucho más fuerte, ¡¿Quieres que te la diga?! (Él ya venía asintiendo, sabiendo cuál era la palabra que le iba a decir y pidiendo que se la dijera) ¡¡Cobarde, Cobardón!! ¡Estás negándote a vivir por cobardía ante la inmensidad de estar vivo!

Lo siguiente que pasó, recordemos que estaba agotado después de 8 ó 10 días sin dormir más que una noche, es que el policía macarra mostró condescendencia fingida y me preguntó qué más iba a twitear. Le dije que tenía un twit pensado y no escrito, pero estaba publicado ya en 2 trozos.

Yo.- Usted tiene que tener Internet ahí, mírelo. Busque @jesusestrada.

PM.- No, aquí no tengo Internet.

Yo.- ¡¿Que no tiene Internet aquí?! Oiga (señalando al suelo con el dedo índice desde arriba y agitándolo hacia abajo) ¡¡¿Usted está haciendo esto sin información?!!

Claro, este señor no estaba evitando accidentes bajo las indicaciones y autoridad del gobierno en base a datos objetivos, recordemos que esta humillación y denigración la han montado los gobiernos de izquierda, sino que estaba “buscando drogas” por su cuenta y riesgo, según se presentaba él mismo, y sin ningún respaldo de conocimiento o datos.

De hecho, cuando comenzó la brutal persecución y cacería en las carreteras a manos de la policía y Guardia Civil (¿Qué hacen militares vigilando a la población civil. No. Los civiles, supuesta y estúpidamente, les damos las armas a los militares para que nos defiendan, pero vuelven sus armas contra nosotrxs. Pero lo mismo se aplica a la policía, que es civil) Cuando comenzó la cacería en las carreteras, como digo, allá por los años ochenta y muchos, comandada por el gobierno de izquierda, dieron unos datos semejantes a estos (digo semejantes porque son recordados, no los he buscado en Internet porque fueron dados en televisión en un anuncio) “En el 30% de los accidentes de tráfico está presente el alcohol” y “El 60% de los conductores lo hacen habiendo bebido”. De esto se deduce que el alcohol incrementa la seguridad al volante. Me explico.

Si el 60% de lxs conductorxs van bebidxs, y el alcohol no influye en los accidentes, entonces el alcohol estará presente en el 60% de los accidentes. Si el alcohol estuviera presente en un porcentaje mayor de accidentes, el alcohol incrementaría el riesgo, pero si está presente en un porcentaje menor, el alcohol disminuye el riesgo de accidente. ¿Se entiende esto? ¿Cómo pueden ser tan cazurros de dar estos datos e interpretarlos al revés? ¿Y cómo puede la población no darse cuenta de la incongruencia? Oye, cuando se habla de esfuerzo, sacrificio y humillación, se las comen todas con patatas, sin comprobar nada, pero si hablas de Libertad, se agarran al mínimo error o indeterminación. Incluso corregido el problema, se reafirman en el descarte y desprecio sin mirar más. No, no busque ela lectorx más explicaciones que el comportamiento suicida en rabieta porque la vida no es eterna. Ahora se comprende todo. El Ser Humano se está despidiendo de la vida haciéndola desagradable para justificar su negativa a vivirla.

Vale, pues pasó una furgoneta a mi lado, miré alrededor, se había ido todo el mundo, policías y sopladorxs. La explanada estaba

vacía excepto por mi coche, un coche de policía con dos policías que esperaban y yo. Miré a los policías interrogante. Uno de ellos dijo:

P.- Bueno, Jesús, nosotros no podemos retenerle aquí.

Sin decir una palabra, me di la vuelta y comencé a caminar hacia mi coche.

P.- Un momento, Jesús, la cosa no es tan fácil. No podemos dejarle conducir habiendo dado positivo.

Yo.- Qué problema. ¿Y se le ocurre a usted alguna solución?

P.- Sí. Puedo conducir yo su coche y llevarle a un hostel hasta que pasen 8 horas. Entonces podrá conducir.

Yo.- Me parece muy bien, adelante.

Condujo mi coche conmigo al lado, fue amable en todo momento. Le comenté dos aspectos en el breve paseo. Uno, que cuando conducía yo antes de llegar al control se produjo un fenómeno muy extraño. Yo iba despacio por autovía, 2 y a veces 3 carriles, sin embargo nadie me adelantaba normalmente, sino que se aproximaban, me daban luces, yo ponía el intermitente derecho y bajaba las luces... Al principio me adelantaban así, cosa muy extraña ya. En autovía se adelanta sin preámbulos usando el carril izquierdo. Pero uno se pegó a mí y, aun con el intermitente derecho, las luces cortas y arrimándose un poco a la derecha, no me adelantaba, sino que se arrimaba más. Entonces puse el doble intermitente, y por fin me adelantó. A partir de ese momento nadie me adelantaba hasta que yo le ponía el doble intermitente.

Le expliqué al policía que estaba ocurriendo algo extraño en toda la sociedad, que la gente se estaba dando cuenta del Fin del Mundo y se comportaba con extraordinaria amabilidad y cortesía.

Esto era cierto en aquel mes de noviembre de 2018. Lo he explicado al principio de este relato, se estaba pasando de pretender sobrevivir a saber que el suicidio será Total, aunque lo

último no se lo dije al policía, de hecho yo no lo había realizado del todo, andaba tras la pista. Pero había otra razón a este extraño suceso, y que tampoco le expresé a mi interlocutor, esta vez por picardía, no iba a ser tan estúpido de decirle al policía que me custodiaba que cuando alguien está alucinando, cuando ha movido su punto de encaje (ver reportaje de Carlos Castaneda, El Libro Tibetano de los Muertos, y otros escritos míos) proyecta fuertes ondas psíquicas que producen la locura de quienes lo rodean.

Y el otro aspecto que le comenté es que el twit que iba a publicar, el del linchamiento del Anticristo, podría provocar ya el Cambio del Mundo, y que, si bien una vez estabilizado el asunto no habría problemas de violencia, sino solo puntuales y sin importancia, durante el proceso sería muy peligroso si algún imbécil, yo pensaba en Donald Trump, aunque no lo dije, se pusiera a hacer burradas. Y que yo tendría que estar preparado y dispuesto para hacerle algún chiste. No hubo comentarios a ninguna de estas explicaciones.

Decir aquí que yo sabía, por el tonto de San Juan y demás religiosos que publicaron su escrito, Apocalipsis, el último libro de la Biblia... Hay que ser idiota para contar en público los planes de los religiosos respecto al Anticristo, pues estaba claro que el Anticristo lo leería. Yo sabía, digo, que iban a dejar predicar al Anticristo sin enfrentarse a él. Por esto me divertí contándole estas cosas al policía.

En fin, llegamos al hostel, bajamos del coche, me dio las llaves y me dijo:

P.- Cierra el coche y entra al hostel. El coche está inmovilizado. A las tales horas vendrán dos agentes, te harán una prueba y, si das negativo, podrás irte. (Y se fueron).

Me dirigí a la puerta del hostel, estaba cerrada. Qué extraño, pensé. Llamé al timbre 3 veces sin obtener respuesta. Entonces me di cuenta de algo que no era cierto, y es que ese policía y su acompañante me habían dejado libre para irme al comprender mi tarea de publicar el dichoso twit del linchamiento del Anticristo. Busqué rápido un papel en el coche. Rápido por 2 razones, primero, porque en la confusión que me provocaba el agotamiento tenía urgente prisa por publicarlo. Segundo, por si abrían la puerta del hostel respondiendo mi llamada.

Resulta que lxs sinvergüenzas soplorxs (los que soplan sumisos en los controles policiales) oyentes de mi sermón de la droga, como el papel en el que figuraba el twit circulaba despacio y nadie se atrevía a leerlo en alto para todxs, habían limpiado mi desordenado coche de los papeles que tenía por ahí con anotaciones. No quedaba nada de papel. Tiene que quedar algún trozo, pensé, y lo había debajo de algo que no habían registrado. Hice una síntesis rápida de lo que quería decir en agradecimiento a ese policía y escribí: “Llamé y no abrieron. Gracias. Vuelvo.” Mi intención en aquel momento, aunque inmediatamente lo descarté, era volver a pasar el control.

Fui a dejar el mensaje en la puerta del hostel, corriendo, pero no había manera de fijarlo, no tenía cinta adhesiva. Corrí al coche, por suerte llevaba algunas pinzas en la mochila y puse el cartelito. Arranqué y salí corriendo a twitear en casa, mucho más cómodo que en el hostel, era de agradecer la liberación de dejarme ante un hostel cerrado.

Mi plan, antes de topar con el control policial, era llegar a mitad de la noche con tiempo de twitear antes de que se despertara el monstruo, mi madre, pero con el contratiempo llegué justo cuando se levantaba. Procedí de todos modos, si bien sabía que iba a intervenir la tonta.

Se trataba de poner promocionado el twit del linchamiento del Anticristo, lo que llevaría un poco de tiempo y complicación, y estaba completamente agotado y alucinado. Los objetos se derramaban al mirarlos, como si se lanzasen agresivos a devorarme. No di importancia a esto. Lo que sí me molestó es que la pinche tirana de mi madre me metía notas por debajo de la puerta, que yo había cerrado con llave. Ponía: “Yo te quiero”, “Ésta es tu casa”, “Aún tienes a tu madre”... Y varias cosas así.

Salí y le grité que ésta es mi casa porque mi padre me dejó al morir derecho de habitación en usufructo, no porque ella me tuviese acogido. Claro, esto fue extraordinariamente peligroso, y ella lo sabía. La cosa es que, aunque yo ya había descubierto que los seres humanos son suicidas, todavía no había implementado ese conocimiento en mi comportamiento. Entonces, no me daba cuenta de que mi madre quería que la matase en ese evento. Lo supe después al recordar la cara que lucía mientras le gritaba, y la discusión anterior, narrada aquí, en la que me dijo que estaba pensando en poner fin a su vida, se refería a esto realmente. No le importaba lo que le decía, solo esperaba el acto de su muerte. No únicamente por morir ella, sino, sobre todo, por destruir mi vida, lo que fue siempre su propósito, desde que decidió ponerme el nombre de Jesús. Dese cuenta ela lectorx de que ella se llama María.

No en vano, la circunstancia especial de mi vida, el ser loco, está descrita por San Juan en Apocalipsis, concretamente en el capítulo 12. Ésta es la historia vital, no solo mía, sino también de Jesucristo y de todx locx que no se rinde. Claro, que San Juan lo cuenta muy mal y fantasiosa y religiosamente. Yo he escrito mucho sobre ello en este sitio web.

Es curioso. San Juan resuelve todos los asuntos hasta el Suicidio Total de la humanidad. Sin embargo, no resuelve el asunto del Anticristo. Me explico.

Este capítulo 12, que narra el fenómeno de la Locura que da origen a los cristos y el Anticristo, termina diciendo, en el versículo 18 y último “Y yo me quedé de pie sobre la playa.” Y esto después de haber dicho que El Dragón se fue a luchar contra el resto de descendencia de su madre. Yo he narrado la lucha con mis hermanxs, contra su tiranía hacia mí. En fin, que no resuelve aquí, se queda mirando sin saber qué ocurre.

Pero tampoco resuelve en el capítulo 10, que es el de la actuación decisiva del Anticristo, el tipo del Arco Iris sobre su cabeza, el libro pequeño que sabe dulce en la boca y amarga en el estómago, el que descubre y divulga el Misterio de Dios. Aquí termina diciendo, en el versículo 11 y último “Entonces se me dijo: «Es necesario que profetices nuevamente acerca de una multitud de pueblos, de naciones, de lenguas y de reyes».” (palabras textuales en la Biblia publicada por el Vaticano en su sitio web). Claro, el Anticristo rompe la profecía del Fin del Mundo y es necesario volver a profetizar, pero no lo hace. San Juan va de cabeza al Suicidio Total, no puede considerar otra cosa, es criminal hasta los huesos.

Vale, pues volví a mi habitación, por suerte mi madre no me molestó más, y puse el twit maldito. Era una broma en 2 partes. Pongo aquí el twit protagonista y el fijado en el perfil.

LINCHAMIENTO DEL ANTICRISTO

19 de noviembre de 2018 13:30 h

Hospital 12 de Octubre, Madrid

Patrocina Fedán Secuaces

Espectáculo colosal

¡Escuchemos la voz del Infinito!

Infinito concepto matemático, no posibilidad matemática

Ecuaciones descuajeringan aparece Infinito

Nada no es matemática, por eso estalló

Matemáticas son Existencia

2º Principio Termodinámica: Totalidad está desordenando en tiempo

Muerte es volv... qued... Mira, no me preguntes

Ya no podía pensar más, así que lo puse en promoción a todo público y sin límite de tiempo. Me avisó de que haciendo eso podía perder todas mis propiedades, dinero, casa... Pero no podía hacer nada más. Hice clic y me quedaba dormido cuando...

¡Me cachis en la mar! Me di cuenta de que la expresión “Llamé y no abrieron. Gracias. Vuelvo” la había dicho mi padre como la señal que había dejado Jesucristo. Y yo me estaba quedando dormido en las Puertas del Cielo, en el límite del Infinito, pensé. Así que me vestí rápido, cogí la mochila y salí corriendo otra vez. Ahora sin coche, pues estaba ya marcado e identificado, me fui andando.

Vamos a ver. Yo no he hablado de mi padre a este respecto por 2 razones. 1º porque empecé a darme cuenta de lo que mi padre sabía poco antes de estos hechos, unos 2 meses tan solo. Entonces, he guardado silencio respecto de ello únicamente en los apartados “Derribando el Muro ya” y “La Llave del Muro”. En los anteriores mi padre significaba solo otra cosa para mí. 2º porque Jesucristo hablaba, se supone, pues él no dejó nada escrito, de “mi padre que está en el Cielo”, refiriéndose a Dios. No, mi padre no está en el Cielo ni en ninguna parte, no existe en absoluto porque murió. Y mientras vivió fue un ser humano mortal, como todos, no tuvo ni tiene nada de divino.

Mi padre fue un tonto social, un tonto inteligente. Era completamente insensible a los sentimientos ajenos, y me sacrificó en vez de dar una fuerte bofetada a mi madre en el momento justo, es decir, sacrificó al débil, un niño de 4 ó 5 años de edad, para que el mundo de lxs suicidas siguiera en pie. Y me despreció

brutalmente durante toda su vida a partir de ese momento. Es el padre el que provoca la locura en última instancia al no defender a su hijx de la traición brutal de su madre. He contado esto varias veces en este sitio web.

Afortunadamente, cuando mi padre estaba moribundo, situación que le hice saber yo, cambió drásticamente y pude hablar con él por 2 ó 3 meses, lo que duró su agonía por cáncer. Incluso me preguntó qué es la Muerte y se lo dije, pues yo ya había juntado suficiente poder para eso. En fin, nos despedimos cordial y fructíferamente, sin arreglar el pasado, pues no se lo permití cuando lo intentó, de lo que me alegro enormemente. Mi padre murió como el grandísimo valiente que siempre fue realmente.

Bien, pues mi padre no solo sabía cuál es el problema humano, esto lo sabemos todxs, sino que también lo había racionalizado y puesto en palabras, si bien únicamente a trozos.

Solo he sabido esto al descubrir por mí mismo las palabras que él ya había dicho en nuestra larga relación de padre e hijo pues, cuando las dijo, expresiones sueltas, y no dichas a mí, sino haciéndose el listo, no comprendí lo que decía, si bien me sonó fuerte la campana en cada una de ellas. Yo era un chaval y, cuando comencé mi camino del conocimiento, él no solo no me ayudó, sino que continuó despreciándome brutalmente, como siempre. Pero ahí están sus palabras, y dichas exactamente como yo las formulé en su día. Lo cuento.

Mi recuerdo de ello empieza cuando yo era un preadolescente. Le pregunté: “Esto de creer en Dios, ¿qué significado tiene?” Claro, yo intuía que creer en Dios no era algo espontáneo y gratuito, eso no tenía sentido, tenía que significar algo más. Él me miró sonriente, complacido, y me dijo, expresivamente, “Mira, no me preguntes”. Yo no entendí del todo, pero supe que me invitaba

a mirar por mí mismo, solo que yo era un chaval y no pude hacerlo de inmediato, tuve que esperar a volverme loco.

Las cinco expresiones se produjeron en tiempos dispares de mi adolescencia. Sin venir a cuento, las pronunció en mi presencia. Solo recuerdo las palabras exactas de la señal que dejó Jesucristo en el Muro, Jesucristo y todos los cristos, por supuesto, pero seguro que fueron formuladas por él tan rotunda y elegantemente como por mí al descubrirlas por mí mismo.

1ª.- <<Mira un cementerio. No veas muertos. Siente esas señales que tienes delante de tus narices, y que gritan: “Yo quería ser rescatado, hazlo por mí también, por favor. Conoce tú la Libertad, también por mí, y no esperes que resucite”>>

De ésta recuerdo sus palabras exactas en las 2 primeras frases y en la última, que coincidieron con las mías: “Mira un cementerio”, “No veas muertos”, “y no esperes que resucite”. Así lo dijo él y así lo dije yo en Twiter. En los días sucesivos a escribirla yo, saboreando mis palabras de poder, como siempre lo hago, me di cuenta de que eso lo había dicho antes alguien. “Quién sería... Quien sería...” Carajo, ¡fue mi padre!

2ª.- <<Llamé y no abrieron. Gracias. Vuelvo>>. Esta es la señal de los cristos. He hablado de ella aquí.

3ª.- El Misterio de Dios. Éste lo enunció, creo recordar, mientras veíamos una película. Dijo algo así como: <<Y el que gane lo sepultará y se meterá en la tumba con él>> Claro, se refería al *Secreto Humano*, pero estas palabras no las recuerdo en él. Nunca dijo que nadie se cree inmortal. Aunque está claro que lo sabía, no le oí pronunciarlo o no lo recuerdo.

4ª.- La Rabieta. Viendo una película de algún gran conquistador, dijo: <<Qué rabieta tiene porque no le conceden la Inmortalidad>>

5ª.- <<El ser humano tiene prisa horrorosa por destruir el planeta>> Cuando escuché esto, a diferencia de las demás expresiones, no pude creerlo, pensé que se equivocaba. Recientemente, al descubrirlo yo, comprendí lo que supone, y por qué no pude creerlo antes aunque ahora veo que es completamente evidente. Un aplauso para mi padre por haber sido capaz de ver esto y todo lo que sabía cuando nadie se atreve ni quiere.

Así que mi padre lo sabía todo, pero no lo implementaba en su comportamiento, no consideraba su propia muerte, sino que lo aplazó todo lo que pudo. Tampoco escribió nunca su conocimiento, ni pretendió darlo a conocer de ningún modo, salvo a mí, no sé, quizá solo por hacerse el listo, él se creía el más listo del mundo, o sea, Dios, o quizá también como compensación por el sacrificio que hacía de mí. De esto último hay otras muestras, pero no me extendo en ello. Es posible que me diera esta información con propósitos más altos, me refiero a que yo pudiese cambiar el mundo. Sin embargo, esto no encaja con su negativa total, incluso desprecio a mi iniciativa, cuando emprendí el camino del conocimiento. Más bien creo que mi padre era tonto, por eso sabía tanto.

Bien, pues salí de casa con la mochila a la espalda y caminé hacia el sur, siempre me orienté muy bien con los puntos cardinales. Era de noche, no sé qué hora, no la miré, pues estaba tan agotado que no podía hacer ni eso. Según recuerdo los hechos debería ser por la mañana, pero seguro que era de noche por la muy escasa presencia de peatones y coches. Esta experiencia duró quizá 3 ó 4 días, pero solo recuerdo hechos de día en una ocasión, todo lo demás está registrado en mi memoria como siendo de noche. Esto no tiene mucho de particular, pues cuando se mueve el Punto de Encaje (ver Reportaje de Carlos Castaneda), es decir, cuando cambia la percepción, se experimentan cambios en la luz ambiente. Esto ya ocurrió claramente en el control policial, creía que estaba amaneciendo y no era cierto.

Rápidamente me despejé mucho, no echaba de menos el sueño ahora, y caminé con una paz y tranquilidad exquisitas, me sentía feliz. Un muchacho que pasó junto a mí en bicicleta me dijo, levantado el brazo en queja “¿a caso huelo?”. Y es que ir partiéndose de risa solo por la calle es muy peligroso, pero siguió su camino.

Vi un pequeño bar abierto, en lugar discreto. Aproveché para comer algo. Había en él algunos indigentes tomando café y pasando el rato. Pedí un bollo y zumo de naranja natural. Cuando terminé, busqué el servicio pero, una vez localizado, dejé un billete en la barra antes de usarlo. Cuando salí, el camarero me dijo “aquí tiene su cambio, caballero”.

Este hecho provocó en mí el juego medio consciente de ser indigente. Es curioso. El simple llevar una mochila a la espalda provoca la desconfianza en y la ignorancia de la persona. Probé a pedir la hora a una mujer de avanzada edad, siendo de día, y siguió de largo como si yo no existiera. Qué duro y qué gracioso. Me divirtió mucho la variedad de reacciones de las personas a mi presencia. Por un lado, aparentaba un indigente, por otro, me sentía eufórico. Tal supuesta contradicción volvía locas a unas personas y producía comportamientos exquisitos en otras, a veces las 2 cosas.

Entré a comer a un restaurante chino. Esperaba deleite semejante al que viví en el anterior, en aquel pueblo yendo en coche, pero me encontré con una mujer de aspecto duro y triste que me quería dar una mesa oscura cuando las había luminosas. Dije “voy al coche un momento, ahora vuelvo”. Y no volví, claro.

Entonces vi un bar con terraza muy agradable. Estábamos en noviembre, pero la temperatura era alta, hacía sol y no corría el aire, así que era ideal. Me senté muy tranquilamente, me puse cómodo, y cogí la carta de tapas. Cuando pasó el camarero le pedí

una ración de oreja y una jarra grande de cerveza, advirtiéndole que no había ninguna prisa. Estaba riquísimo y era abundante. Comí despacio y con gran gozo, no pude terminarlo, y fumé un porrito. Cuando consideré que había terminado, dejé un billete sobre la mesa y fui al servicio. Al pasar por la barra, le pedí que pusiera lo sobrante de la rica ración de modo que pudiera llevarlo sin manchar la mochila y su contenido.

Salí del servicio y el amable camarero me dijo, como el anterior “aquí tiene su cambio, caballero”. Y me había puesto la oreja en un recipiente de papel de aluminio, y en una bolsa. “Ah, muchas gracias”, le dije, y le expliqué, muy alegre, que acababa de caer en la pobreza y tenía que aprender, pues él me había indicado llevar la bolsa en la mano, fuera de la mochila.

Hubo más sucesos muy agradables, pasé tiempo tomando el sol en un parque, fumando porros. Como caminaba, la angina de pecho no se presentó. Voy entonces a 2 sucesos muy significativos.

Caminaba por la noche, no tarde, por una calle con bastantes peatones. Un hombre joven me dijo:

Hombre joven.- ¿Podías ayudarme con un poco de dinero?

Yo.- ¡Por supuesto que sí! (Sacando las monedas del bolsillo)
¿Cuanto necesitas?

Hj.- 2 euros.

Yo.- (Dándoselos) ¿Necesitas algo más?

Hj.- No, ya con esto me apaño, porque mañana veo a mi mujer y me ayuda ella.

Yo.- ¡Muy bien, tío, qué maravilla!

Claro, es que yo estaba pensando en cómo sería la cosa cuando se me acabara el dinero, cómo me apañaría. Y viene este joven a enseñarme cómo se hace: Pedir lo necesario y no aceptar más. Yo tenía la tarjeta de crédito, pero no me acordaba de esto, de que yo

tenía dinero. Lo gracioso es que no me he dado cuenta hasta ahora de que no tenía dinero porque lo estaba gastando todo en el twit del linchamiento. Pero además tenía casa e ingresos, esto tampoco lo recordaba entonces.

Hablamos un poco mientras la gente pasaba al lado. Resulta que estaba en la cárcel, y apunto de salir, que su mujer le ayudaba aunque ya no tenía relación con ella (sexual, se entiende). Yo le conté que acababa de perderlo todo, que era indigente novato, y que me había ayudado mucho. Aún tenía el resto de monedas en la mano, había bastante dinero, pensando que aún no le había dado los 2 euros, sin importarme, le dije “mira, no vamos a andar contando”, y le volqué todo en su mano. Me despedí pidiéndole que no me dijera su nombre y yo tampoco le daría el mío, que no podíamos hacernos amigos porque nos destrozaríamos, y que ojalá nos volviésemos a encontrar. Él comprendió a medias y se despidió con agradecimiento y alegría. (Ojalá vuelva a encontrarle).

Seguí caminando eufórico y me senté en un banco, en una calle relativamente estrecha y transitada. Resulta que estaba delante de una organización religiosa. Un cura pasó y dijo “buenas noches”. Iba a responder lo mismo, pero en vez de eso dije “gracias”. Que saluden a un indigente es de agradecer. El caso es que ante mí había un pequeño jardín, junto a la pared, y una planta formaba 2 arcos, uno hacia el otro, y en medio había como un nudo que yo interpreté como una flor, aunque no creo que lo fuese. El caso es que yo vi en esto la Puerta del Cielo, o del Muro, y la señal de los cristos que mi padre había impreso en mí para que no me quedase dormido ante ella.

Esto era medio delirio, medio desvarío. Me explico. Nadie quiere saber esto, ni lxs psiquiatras. No es lo mismo un delirio que un desvarío. Los delirios son ciertos, si bien pueden estar expresados caótica y/o fantasiosamente, pero son rigurosamente

ciertos, y se interpretan como los sueños, si no están organizados, en cuyo caso se entienden directamente. Ejemplo, cuando un loco afirma que sus familiares le persiguen, esto es verídico.

Los desvaríos, en cambio, se producen en estados de confusión, puede ser por falta de sueño, agotamiento, y/o situación desesperada. Y suelen ser cacaóticos. No caóticos, pues en el caos hay organización, sino desordenados y con muy poco significado, como creer que no va a volver a salir el sol. Esto más vale no intentar interpretarlo, sino como un conjunto de confusión, y ésta sí se puede interpretar en base a una situación global.

En este caso mío, la cosa era cierta en parte. Mi padre me dejó la señal de los cristos en la Puerta del Muro, no sé cuánto de intencionadamente, pero yo podía haber dormido en mi cama tranquilamente. Claro que en ese caso no habría entrado en el edificio del Espíritu, y lo que me tenía preparado era grandioso.

Ya muy confuso caminé hacia el norte, acercándome a casa. Pasé uno o dos días más. Por la noche encontré un parquecito muy agradable, podía haber dormido, pero ni se me ocurría. Entonces pasó un coche de policía. Corrí hacia él y les pedí fuego para el porro, sin decir que era un porro, naturalmente, se me había acabado el gas de los mecheros que yo llevaba. Se enfadaron mucho y siguieron su camino por el parque después de que me disculpase diciendo que sabía que ellos no fumaban, pero podían llevar un mechero (de hecho, todos los coches llevan mechero).

Al volver a mi sitio llegó un joven corriendo ligeramente y se sentó a mi lado. Medio comprendí que había llegado en el coche de policía, pero le seguí el rollo. Entre los dos conseguimos encender el porro y charlamos. Le conté de mi página web y un poco de mi situación, se marchó espantado. A partir de ahí mi confusión fue en aumento. Comprendí que mi situación era

desesperada, aunque no lo era realmente. Y caminé hacia mi casa sin saber qué hacer.

Un inciso muy importante aquí, y lo digo yo que he escrito y hablado mucho en contra de la psiquiatría. A veces se producen estados de confusión en las personas que requieren intervención, pero tal intervención debe ser únicamente la de dar refugio y protección hasta que pase el estado de confusión, no, en absoluto, una intervención moral y dictatorial. Se verá a qué me refiero a continuación. También puede verse, a este respecto, mis obras con títulos “Dr. Despacio” y “Cristo Pedales, Dr. en psiquiatría”, en este sitio web.

Toda mi confusión giraba en torno al monstruo de mi madre. Yo sabía de cierto que no se habría suicidado, y que podía haber entrado en casa y haberme acostado a dormir, sin más, pero sentía que tenía que seguir el hilo del Espíritu. Mi confusión me llevó a pretender que tenía que evitar por todos los medios que me cargasen como asesinato el suicidio de mi madre. Sí, bien, una investigación forense habría aclarado las cosas, pero yo soy el Anticristo, ¿hasta qué punto me la podían jugar? No conseguía pensar claro en todo esto.

Pensé subir a los Servicios Sociales y pedir amparo allí, que comprobasen si mi madre estaba muerta y, en tal caso, que quedara claro que yo no había estado en ese suceso. Sin embargo, aún quedaban tres horas para que abrieran tal servicio. Al llegar al portal estaban limpiando. Aunque no tenía sentido, les pedí a la joven y su compañero, a quienes había saludado amablemente muchas veces, y hecho algún comentario simpático, que si podían certificar que yo estaba ahí en ese momento. Ante mi asombro, bajaron la cabeza y siguieron limpiando, negando mi existencia si quiera. Eso me molestó mucho, y les grité que solo tenían que afirmar que yo estaba ahí. Para colmo, la chica me preguntó ofendida por qué la tomaba con ellos, y se fueron rápido.

Entonces cogí el coche, que estaba allí aparcado, y fui a los Servicios Sociales a esperar en la puerta a que abrieran. Carajo, les pregunté a una pareja de personas mayores si podían certificar que yo estaba ahí, les dije mi nombre y la hora, pero siguieron su camino mirando con desprecio y enojo. Esto me enfureció y desesperó sobre manera.

Como había una parada de autobuses, crucé el coche impidiendo su salida, y me subí al techo gritado que yo estaba allí. Claro, esto fue mi perdición. Llamaron a la policía y, aunque ya me daba cuenta de mi error, me pillaron cuando intentaba irme, fueron muy rápidos esta vez. Oye, la policía, si les llamas para una urgencia, tardan dos o tres horas en acudir, aunque están dando vueltas por la ciudad quemando gasolina a lo tonto, pero si no quieres que acudan, ahí están en menos un minuto. Claro, esto tiene explicación porque me andaban siguiendo y esperando.

Le expliqué al policía que estaba esperando a que abrieran los Servicios Sociales, y solo quería que estuviese probado que yo estaba allí a esa hora porque temía que mi madre se hubiera suicidado. Él ignoró los Servicios Sociales con una mirada que no vio nada, preguntó a su compañero si no sería un (xx,yy. Los números que ellxs usan para que no se les entienda), el otro confirmó, y me di cuenta de que había caído en su trampa, que lo sabían todo. Necesitaba confirmación, le pregunté a ese otro:

Yo.- Oiga, ¿mi madre está viva y bien?

Policía.- Sí, está bien. Te vinimos siguiendo desde ++++++.

Yo.- Gracias. (No tanto porque me hubiera confirmado que mi madre estaba bien, sino que me estaban siguiendo).

Lo último que yo esperaba o deseaba era caer en manos de lxs psiquiatras, pues éstxs practican la tortura. Así que toda mi dedicación se encaminó a evitar que lo hicieran. Al tipo de la ambulancia, mientras me ataban, le dije que no se le ocurriera

ponerme ningún medicamento. Me aseguró que no, que él solo me iba a llevar al hospital.

A los camilleros que me metieron a urgencias les dije algo fuerte, qué pena que no recuerdo mis palabras aquí, pero se pararon alarmados y luego continuaron rápido, para que no tuviera oportunidad de decirles nada más. Probé a gritar que me estaban secuestrando, pasaban algunas personas al rededor, la respuesta fue de un muro de ignorancia sumisa en aquellas personas humilladas de por vida.

Bueno, aquí empieza lo realmente gracioso. Me metieron en una habitación pequeña, estaba atado con correas, por supuesto, y entró el psiquiatra. Le pregunté si era él el que me iba a torturar. Se dedicó a otras cosas, como pedirme el móvil y preguntarme a quién podía llamar. Le dije un hermano, y que no llamara a nadie más.

Este hermano mío había cambiado drásticamente de actitud hacia mí hacía tiempo, he escrito sobre ello, y estaba al corriente de mis pesquisas de cambiar el mundo. Quede claro aquí que este hermano no es mi aprendiz, ni colaborador, ni participa de ningún modo en mi propósito, simplemente charlamos de diversos asuntos como hermanos y amigos de vez en cuando.

El caso es que el psiquiatra, después de haber salido de la habitación con mi móvil, volvió macabramente sonriente contándome que había hablado con mi hermano diciéndole que yo estaba en el hospital psiquiátrico, y que él le había respondido que le parecía muy bien, que se pasaría a verme cuando tuviera un hueco. Yo no me reí porque estaba concentrado en evitar la tortura, pero sabía que ese criminal psiquiatra pensaba que mi hermano se iba a poner se su parte en mi tortura, como hacen siempre los familiares de lxs locxs, y yo sabía que no iba a ser así, sino que le

parecía muy bien porque era consciente de que yo iba a saber defenderme.

Yo.- ¡Dime si eres tú el que me va a torturar o envíame al que vaya a hacerlo, sinvergüenza! Necesito descansar.

Salió otra vez de la habitación diciendo que me dejaba dormir y apagando la luz. Al momento comenzó a sonar una grabación de cuatro o cinco voces que discutían en términos psiquiátricos sobre mí, supuestamente. Que si tenía paranoias, que si está maníaco..., cosas así en un galimatías incomprensible, todas las voces a la vez. Ésta es la estrategia psiquiátrica, esto es lo que hacen con una persona confusa y agotada, confundirla y cansarla más, acosarla.

Volvió a entrar en la habitación y encendió la luz.

Yo.- Mira, sinvergüenza. No voy a hablar contigo hasta que me digas si me vas a torturar tú o me envías a quien vaya a hacerlo.

No recuerdo si dijo algo, se mantenía macabramente sonriente y desafiante. Volvió a salir dejando la luz encendida en esta ocasión. Lo que hizo fue poner la calefacción a tope, me achicharró el putero. Afortunadamente no tardó mucho en entrar, precedido por dos enfermeras que fueron directas a abrir la ventana. En presencia de ellas, le grité:

Yo.- ¡No, si ya me has torturado. Baja la calefacción, sinvergüenza, y sal corriendo! ¡¡Corre, corre, criminal lesa humanidad!!

Iba a añadir que le perseguiría hasta el Infierno para ponerle ante un tribunal de justicia, pero no hizo falta. Mientras yo decía “corre, corre”, él ya estaba cediendo en su actitud macabramente risueña y desafiante, si bien la mantenía aún, pero al oír “criminal lesa

humanidad” se le cayó la cara al suelo. Intentó restablecerse sin conseguirlo y salió.

Entraron dos enfermeros y me subieron a planta, me pusieron en la habitación individual de peligrosos, o no sé cómo la llamarán ellxs. Claro, cuando derrotas a unx criminal, se retira derrotadx, pero deja la puerta cerrada. Este sinvergüenza no podía dejarme libre. Yo tenía que atravesar el Infierno y salir indemne. Ya se dice en misa: “Fue crucificado, muerto y sepultado, descendió al Infierno, y subió a los Cielos”. Acababa de ingresar en el Infierno, una unidad psiquiátrica es un infierno en el que hay que salir sin caer en ninguna de las trampas. Esto ya lo sabía, pues estuve en uno 20 años atrás. Esta vez no iba a ser lo mismo. Ahora tenía poder.

La primera prueba era librarme de mis ataduras. En aquella ocasión, cuando ingresé en estado catatónico, me pusieron atado en la cama ¡Qué burrada, atar a un catatónico!, pero dejaron un tornillo sin apretar. Yo lo busqué y lo encontré. Cuando me estaba desatando, llegaron cuatro o cinco enfermeras, diciendo que ya llegaban, y me desataron.

Ahora las correas eran de alguna fibra sintética, en vez de cuero, los cierres eran distintos, eran bolas de plástico, y parece que no había truco, me habían atado de verdad. Pero tenía que intentarlo. Probé en principio al azar, nada, el truco, si lo había, era más complejo y enrevesado. Procedí sistemática y ordenadamente a comprobar cada uno de los cierres, eran cuatro, y había, además, una punta de cierre sin su bola y varias puntas de correa sueltas, era complicado. Para colmo, los cierres debían accionarse con imanes. Bien, comencemos, cierre arriba derecho..., nada, cierre arriba izquierdo..., nada... Seguí probando cada uno de los cierres, recordemos que estaba agotado y confuso, la cosa aparentaba ser mucho más compleja de lo que era cuando me di cuenta de que dos voces comentaban mi situación, una masculina y otra femenina.

Llevaban un tiempo ahí, pero no las advertía por que comentaban mis pensamientos. Las recibí con alegría, pues sabía que eran extrauniverses, es decir, seres atentos de otro universo (Ver Carlos Castaneda).

Seguí con mi tarea, y ellxs comentaban mis actos y pensamientos después de realizados pero, llegado un momento, se adelantaron a mí, de modo que ellxs llevaban la cuenta de los cierres y procedimientos probados, lo que me vino estupendo, dado mi agotamiento. Y procedí a partir de entonces siguiendo sus instrucciones hasta que estuvo todo comprobado y bien comprobado.

Además de darme instrucciones en mi compleja tarea, estas voces comentaban lo que debían ser mis sentimientos, aunque yo no era consciente de ellos, si bien los reconocía. Relacionaron cada una de mis comprobaciones con personas que no podían quedar fuera del Paraíso que yo iba a conseguir, enumerando a mis tres hermanxs y a mi madre, quizá a alguien más, pero no recuerdo, y se decían el uno a la otra que no podía dejar a nadie fuera. Estas voces eran amistosas y tranquilas.

No había truco en las correas, pero cabía la posibilidad de que éstas deslizaran por debajo del colchón. Así que comencé movimientos para deslizarlas, como convulsivos, empujándolas hacia abajo. Hacía una serie y paraba para descansar, era muy fatigoso. Seguí un tiempo sin resultado, pero entonces la enfermera de guardia entró y me desató, era de madrugada.

Intenté salir en pijama, pero la enfermera me dijo que volviera a la habitación. Ahora, la voz masculina me recordó, “despójate de tus vestiduras”. Me desnudé por completo y lo intenté otra vez. Yo pensaba que tenía que salir de allí como diera lugar, incluso completamente desnudo y sin llevar nada, luego, una vez fuera, ya vería. Pero la enfermera me dijo: “Jesús, deja de hacer el tonto y

descansa”. Aquí ya desistí de evitar el paso por en Infierno, me resigné a pasar las pruebas, me acosté y por fin dormí largas horas, desatado.

No recuerdo bien el orden de los acontecimientos, de hecho, cuando ingresé era por la mañana temprano y, sin embargo, cuando hice todo el intento de escapar era de madrugada, o sea, que debí haber dormido unas buenas horas ya. Más bien deduzco cómo sucedieron las cosas que recordarlas en un orden lineal.

Al despertar estuve en la sala, alegre, saludando a lxs locxs allí ingresadxs, pero vinieron 7 u 8 macarras y, sin que yo me negara a nada en principio, se dispusieron a reducirme por la fuerza. Yo no me resistí a penas, más bien les seguía el juego, y gritaba “linchamiento, linchamiento”. Me ataron a la cama y, entre forcejeos, sentí un pinchazo puntual en la nalga. Cesé mi resistencia de inmediato y me dejaron en paz, atado. Supe que había sido un simulacro. Primero, el pinchazo había sido muy breve y sin inyección de nada, segundo, estaba seguro, bueno, casi seguro de que no se iban a atrever a torturarme.

Un inciso para quien dude de que lxs psiquiatras son criminales de lesa humanidad al practicar la tortura. Los neurolépticos, como risperdal o haloperidol, neuro- más -léptico, son entorpecedores, cuando menos, del funcionamiento del cerebro. Y lo entorpecen por antagonismo, es decir, al hacer el efecto contrario que la dopamina y la serotonina, que son los neurotransmisores del bienestar. Es terrible, una inquietud asquerosa que te hace sentarte, tumbarte, levantarte, sin encontrar alivio nunca, salvo al estar dormidx. Y aquí presento la prueba científica. Lo han ocultado en los prospectos de unos años a esta parte, pero no se puede borrar por completo.

Mecanismo de acción

Risperidona es un antagonista monoaminérgico selectivo con propiedades únicas. Posee una alta afinidad por los receptores 5-HT₂ serotoninérgicos y D₂ dopaminérgicos. Risperidona se une también a los receptores α ₁-adrenérgicos, y con menor afinidad a los receptores H₁-histaminérgicos y α ₂-adrenérgicos. Risperidona no tiene afinidad por los receptores colinérgicos. Aunque risperidona es un potente antagonista D₂ lo cual se considera que mejora los síntomas positivos de la esquizofrenia, causa una menor depresión de la actividad motriz e inducción de catalepsia que los neurolépticos clásicos. El equilibrado antagonismo central de serotonina y dopamina puede disminuir el riesgo de efectos secundarios extrapiramidales y extender su actividad terapéutica a los síntomas negativos y afectivos de la esquizofrenia.



-----/

Debí dormir largas horas, atado esta vez. Cuando desperté la luz estaba encendida, todo en silencio, no se veía movimiento. Esta habitación tenía una cristalera grande, con una cortina, que daba al puesto de enfermería, desde donde se vigilaba aparte de una o dos cámaras en circuito cerrado. Me preocupé bastante, ¿y si me dejan aquí atado hasta que muera y esconden mi cuerpo?

Al momento entró un pis (abreviatura de psiquiatra a partir de ahora) seguido de dos enfermeras.

Pis 1.- (Despreocupado y alegre) ¿Cómo te encuentras, Jesús?

Yo.- (Despreocupado y alegre a mi vez) Muy bien, solo un poco preocupado por si me vais a alimentar y eso.

Pis 1.- Sí, tranquilo. Te vamos a alimentar y proteger.

Esto de protegerme, viniendo de un pis especialmente, me sonó fatal, pero no dije nada. No recuerdo más de esta conversación, seguro que no hubo mucho más. Me dejó con las enfermeras que, sin desatarme, me dieron de comer, de mear, me lavé la boca, y volví a dormir largas horas supongo, aún atado.

Cuando desperté se produjo la experiencia clave, digamos que todo el edificio del Espíritu desembocó en ella y, aunque el

Espíritu no tiene propósito, la impresión es que toda mi aventura se desarrolló para vivir esto.

Yo seguía atado, parece que nadie advirtió que había despertado. Era por la noche temprano, antes de terminar el turno de tarde. Tras la cortina, en el puesto de enfermeras, se congregaban unas cinco o seis de ellas, quizá un enfermero también, la locura da muchísimos puestos de trabajo. Estaban viendo mi escrito, publicado en Twitter como un “momento”, de la “Carta del Anticristo a Jesucristo”, según deduje. Estaban muy animadas, celebraban cada Twit con asombro exquisito, con expresiones como “qué bueno es”. Supongo que se referían a bueno como calidad al escribir, aunque quizá se referían a bueno como las mujeres desean que los niños y los hombres seamos buenos. Estaban entusiasmadas. Cuando terminó el escrito lo celebraron con alabanzas, el mundo estaba cambiado por fin, pensé.

Al momento entraron dos enfermeras muy sonrientes y complacidas, les dije:

Yo.- Bueno, soltadme y lo celebramos todxs.

Enfermera 1.- No puede ser. Eso tiene que hacerlo el pis.

Me dieron de comer y de mear, entre alegrías y disfrutes, pero sin hacer comentarios concretos, y se fueron, dejándome atado aún. Dormí toda la noche y la mañana siguiente. Claro, había pasado casi 15 días sin dormir, ahora estaba durmiendo lo adeudado.

Desperté oyendo lamentos. Estaban las mismas enfermeras del turno de tarde anterior, y habían entrado en la Gran Tribulación. Pronunciaban frases a medias, como “pero, entonces...”, “sin embargo, San Marcos dice...”, “no puede ser, no puede ser...”, “Ay, Dios mío, Dios mío...” en estado de desesperación total. Me preocupé por qué sucesos podía deparar aquello, qué pasaría.

Recordemos que yo estaba atado a la cama sin posibilidad de desatarme por mí mismo. Esperé cauteloso, pasó bastante tiempo, no me dieron nada de comer, afortunadamente no tenía ganas de mear, me mantuve a la espera. Por lo demás, el silencio era absoluto, no se oía a lxs locxs, ni hablar ni pasear por allí. El mundo estaba detenido.

Los siguientes acontecimientos están mezclados en mi recuerdo. Seguramente dormí más, bastante más. No está el hecho de comer o mear y, sin embargo, debieron pasar dos días, calculo. El caso es que cuando lxs locxs pasaban al comedor, golpeaban mi puerta dos veces, todxs o casi todxs ellxs, entendía en señal de apoyo. Luego hubo un desfile de pises que querían averiguar de qué clase de monstruo se estaban ocupando. Creo que fueron tres, y todos fueron cordiales mostrándose muy interesados en mis teorías y argumentos.

Recuerdo poco de estas conversaciones. Yo hablaba de matemáticas, y les invitaba a visitar mi web, es más, les animaba a poner mis canciones en la sala, para que las escuchásemos todxs. Respondían con evasivas, que si no tenían conexión a Internet, pues grábalas en un pendrive, respondía yo, etc., quedando todo en el aire. Uno me preguntó qué tenían que ver la matemáticas con esto, y me eché a reír, yo soy muy simpático. Mi intención era explicarle a continuación, pero él se fue deprisa, mientras yo le decía: “Te quiero, Dr.”, y la enfermera sonreía sin querer que se supiera.

Las enfermeras se habían sobre puesto y lucían una sonrisa macabra, disimulada en lo posible. Entonces me desataron, pude ducharme, cagar, y me dejaron ya desatado, no libre, pero disponiendo de todo el espacio de la unidad, sala, comedor y pasillo, no había más, aparte de los tres despachos de los pises, el comedor de enfermeras, el puesto de las últimas y un pequeño dispensario médico.

Aquí comenzaba la etapa de las trampas. Me explico. Estxs sinvergüenzas no podían rebatir mis ideas ni declararme demente, pero podían involucrarme en algo ilegal o, más bien, fuera de normas para ingresarme en unidad psiquiátrica penitenciaria. Entonces me habrían derrotado y apartado de la circulación, torturándome de por vida. Éste era su plan, y para ello usaron trucos grotescos a veces y sutiles en otras ocasiones. Los más numerosos, involucrarme en escenas de violencia.

Repasemos el cuento de Aladino y la lámpara maravillosa. Solo el que es completamente limpio de espíritu puede llegar a la lámpara y salir con ella sin caer en las numerosas trampas. Yo no soy especialmente listo, solo sé desde muy niño que voy a morir total, completa y definitivamente. Sí, todxs lo hemos sabido siempre, pero yo no lo he negado nunca ni le he hecho la lucha. Ésta es la razón de que mi mente esté entrenada en lo cierto. No es que advirtiese en directo y en su momento las trampas que me tendían, no, a tanto no llego. Es, sencillamente, que yo sabía que estaba en el Infierno, y no iba a involucrarme en nada ni participar en nada, no obstante, me divertí todo lo que pude. Por otro lado, tanto estafadorxs como tramposxs y puterxs tienen la torpe costumbre de delatarse a sí mismxs de entrada. Es como si lo hicieran deliberadamente para regocijarse después de lo listxs que han sido al jugársela a alguien, pero lo hacen inconscientemente. Yo advertí estos avisos, aunque sin racionalizarlos en el momento. He de reconocer que algunas trampas fueron muy ingeniosas y con una magnífica puesta en escena.

Un asunto previo, y es que a lxs pinches tiranxs no se les puede hacer ninguna concesión. Yo sabía esto por el Reportaje de Carlos Castaneda, pero también lo había comprendido por mí mismo antes y después de estudiar tal reportaje. Ejemplo claro, las concesiones que se les hicieron a los nazis en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, esto solo los envalentonó, les hizo sentirse fuertes. Ojo que ahora se está haciendo lo mismo con los

Liquidadores, los mal llamados partidos de ultraderecha. En fin, me mantuve firme y no acepté ninguna relación desigual. Pongo tres ejemplos.

En cuanto a la medicación, aparte del numerito del ingreso, en el que acojoné al pis A llamándole criminal de lesa humanidad, había hablado de ello con el pis 1, que era el jefe de la unidad. Le había dejado claro que los neurolépticos, como risperdal y haloperidol son tortura, y él me aseguró, mintiendo, que eso era una burrada que ya no se hacía. Por otro lado, yo había comprobado, con el pinchazo falso, que no se atreverían a torturarme. Sin embargo, me dieron, con coacción, una estúpida pastilla, anunciándome que se deshace en la boca. La tomé, y no hizo ningún efecto, era un placebo, no podían permitir que lxs demás locxs pensaran que a mí no me obligaban a tomar la medicación. Luego, este pis 1, no sé en qué contexto, me dijo “pero te has tomado la pastilla”, y yo respondí “no, os engañé”, y tuvo que callarse. Luego, tomé el placebo cada noche, a la hora de la medicación, administrado por las enfermeras o enfermeros.

Luego, mi pis, que era el que me recibió y al que acojoné, y “el que me llevaba”, como dicen ellxs, estando yo en la sala, me envió una enfermera para avisarme de que acudiera a su consulta. Le dije a la enfermera: “Dile al Dr. que venga él a decírmelo”, y así lo hizo. Al momento llegó mi pis con esta enfermera y otra más y me pidió amablemente que fuera con él al despacho. Le pregunté, “¿tú y yo estando estas señoritas presentes?”. Él asintió y les acompañé. Inicié yo la conversación, él se sentía un tanto cohibido, las enfermeras sonrientes, pues nunca habían presenciado semejante comportamiento en unx locx.

Yo.- Lo cierto es que estaba confuso. Reconozco que desvarié... (Y le expliqué la diferencia entre delirar y desvariar. Lo he escrito más arriba, en este mismo documento) Recuerdo la expresión de tu

rostro, pero no con ese pelo, ¿Te has puesto peluca?, ¿se te riza el pelo con la lluvia?

Pis 1.- No, no me he puesto pel... Sí, se me riza el pelo con la lluvia. (Estaba lloviendo ese día). (Las enfermeras contenían la risa).

En fin, hablamos de mi página web, le propuse que escuchásemos todxs mis canciones en la sala... Pero ya digo, los seres humanos se retiran derrotados, pero dejan la puerta cerrada. Este putero torturador iba a jugar sucio. En otra ocasión me dijo que había escuchado dos canciones mías, lo comenté, amable, simpático y complaciente, tal fue mi actitud siempre en este infierno. Qué cachondo, tengo cuarenta y tantas canciones, y me alaga habiendo escuchado solo dos. Además tengo numerosos relatos y otros documentos publicados, pero él ya lo sabía todo, no necesitaba saber nada que destruyera su idea del mundo. Así fue toda mi relación con los pises, se mostraban amables y yo les correspondía, les invitaba a comprender y ellos daban largas.

Y el tercer ejemplo se produjo a raíz de que, cuando salí corriendo la tercera vez, como había echado en falta las contraseñas en la escapada anterior, torpemente cogí la carpeta de contraseñas y la metí en la mochila. Que lo hiciera torpemente lo explica en parte el que estuviera agotado, pero yo soy torpe a veces, como todo el mundo, yo no soy Dios, yo no quiero ganar. El caso es que al capturarme la policía, se encontraron con todas mis contraseñas. Una enfermera, estando yo en la sala, me dijo:

Enfermera 1 (esta chica era muy simpática).- Jesús, un juez quiere hablar contigo de unas contraseñas.

Yo.- Dile que venga aquí.

E 1.- (volviendo de decírselo). Es que no está aquí, es por vídeo conferencia.

Yo.- ¿Y no puedes traer aquí un ordenador?

La enfermera se fue y no volvió. Claro, ¿qué carajo me iba a decir o preguntar ese sinvergüenza? No, el juez tiene que custodiar esas contraseñas y nada más. Si llego a acceder a su cita, me podía haber metido en un follón y, sobre todo, hacerme perder mi ventaja.

Bueno, las trampas que me tendieron fueron fundamentalmente de tres tipos: 1. Involucrarme en escenas de violencia. Esto lo hicieron cuatro o cinco veces. 2. Colarme un topo. Esto fueron dos, más uno que además intentó sacarme la contraseña de la web. Y 3. Ofrecerme una mujer y bastante dinero. Pero voy a empezar por la más divertida, que se sale de estos esquemas, además. Fue tremendo. Ah, y una mujer joven que intentó involucrarme en su lucha por la supuesta tortura a la que la estaban sometiendo.

Decir que los pises, como estrategia que eliminaba posibles conflictos con lxs demás locxs, habían dejado progresivamente la sala casi vacía, pasando a lxs demás a la sala gemela, que estaba a rebosar. Habían quedado, ya al final, cuatro viejas inofensivas, una mujer muy religiosa que recibía mensajes cuando veía la televisión, una tonta, dos chicas jóvenes muy simpáticas, con las que pasamos en grande alguna noche, cantando, bailando y tal, y un esquizofrénico hebefrénico, es decir, desorganizado, completamente perdido. Sí, luego estaba una mujer con un aspecto de bruja de película cómica que no podía con ella. Esta bruja no se relacionaba con nadie, solo estudiaba a solas y se reía, también a solas, de vez en cuando. Lxs demás eran policías que entraban en escena, y salían cuando fracasaban. Alguna persona más que está en duda, o sin relevancia, allí entraba gente y desaparecía en unos días.

La trampa más tronchante se inició cuando íbamos a empezar a cenar. Yo esperaba con deseo las comidas pues, además de estar riquísimas, era casi lo único divertido allí. Estaba sentado de frente al puesto de enfermería, me separaban cuatro metros y un cristal.

De repente había delante de él una vieja con una capa roja y lisa hasta los pies, el pelo por los hombros girado hacia dentro, muy colocado, con mucha laca, le habían puesto polvo de arroz en la cara, estaba pálida, y para colmo la asistían como un maniquí, sus movimientos eran lentos y mínimos. Le quitaron la capa dos enfermeras en coordinación y con mucho cuidado. Digo, me cago en su padre, estos han desenterrado un cadáver y me lo han traído aquí. Acompañaban a la zombi las dos enfermeras como si fuese de cristal. Se me pasó por la cabeza que podía ser ciega cuando una chica, todxs contemplábamos la escena con asombro, preguntó, “es ciega, ¿no?” La enfermera que nos acompañaba lo confirmó. Esto me alivió un poco, pero seguía sobrecogido, van y me la sientan delante, en mi misma mesa. Me levanté sigiloso y me cambié de sitio, no estaba preparado para afrontar esa situación. Afortunadamente había sitios libres de sobra, aquello estaba vacío ya.

A la noche siguiente me la volvieron a sentar delante, pero ya me había hecho a la idea. Esta mujer era ciega de verdad. Saber que la policía subcontrata a personas de toda índole para hacer investigaciones y tender trampas, es como en las películas. A veces extorsionan a delincuentes ofreciéndoles librarse de su condena.

El caso es que una o dos noches después, cuando nos encontrábamos ya en las habitaciones en disposición de dormir, yo estaba solo en mi habitación, sin compañero, se oyeron gritos de la zombi y otra mujer, una discusión muy violenta con la intervención de las enfermeras. A continuación la zombi comenzó a pedir ayuda en lamentos desgarradores: “Ayúdenme, por favor, ayúdenme...”. Yo permanecí impasible, no iba a intervenir en nada sospechoso. Estuvo lamentando como 15 minutos hasta que se calló tras la intervención de las enfermeras. Vete tú a saber en qué lío me habrían metido si hubiera acudido a socorrerla.

La siguiente trampa en jerarquía humorística fue la oferta de una mujer y una cantidad considerable de dinero. Ésta fue muy elaborada y prolongada en el tiempo. Quienes ideaban las trampas debían ser guionistas de teatro o cine. Decir que yo no me aislaba en absoluto, sino que hablaba con unos locos y otras, y les aconsejaba incluso, me divertía, vamos. Saber que lxs brujos se enfrentan a lxs pinches tiranxs, no solo por entrenamiento, también para la propia diversión. Eso sí, salía de todo compromiso o lío drásticamente. ¿Quién sería el estúpido que adquiriese compromisos en el Infierno? No los adquiero en el Samsara, los iba a adquirir allí.

Esta chica contaba 46 años de edad, no era muy bella, pero tenía su gracia. Estuvo en la unidad por semana y pico sin relacionarse conmigo en absoluto, tampoco con nadie más. Caminaba con los brazos pegados al cuerpo sin ningún movimiento, como auténtica esquizofrénica. Recibía visitas de dos hombres de su edad, a veces uno solo. Yo la observaba, como a todxs, sin interés especial, mientras me paseaba por el pasillo con mi traje de Anticristo, especialmente a la hora de las visitas...

Mi traje de Anticristo me lo trajo mi hermano, el bueno, del que he hablado aquí. Era un pijama con camiseta de manga larga, gris, con un grabado de Harry Potter y, lo más significativo, pantalones rojos. Ya dice Apocalipsis 10-1 “Luego vi descender del cielo a otro Angel poderoso, envuelto en una nube, con un arco iris sobre su cabeza. Su rostro era como el sol, sus piernas parecían columnas de fuego”. Claro, que mi hermano no sabía esto, fue completa y chistosa casualidad. El caso que yo alternaba ropa, y de vez en cuando me paseaba con mi traje de Anticristo, especialmente a la hora de las visitas, quienes me miraban de hito en hito, y yo me aguantaba la risa.

Un día estaban las enfermeras tapando con papel la ventana, visor, de la habitación más próxima al centro, en el ala masculina.

Les pregunté, simpático: “Vaya, ¿va a ingresar un loco misterioso?”. Me respondieron que no, que eran mujeres porque el ala femenina estaba llena. Mentira grotesca. Estábamos siete u ocho personas en una sala para ventitantas, eramos tres hombres, en absoluto había problemas de espacio. La intrusa en el ala masculina resultó ser Noemí, no le cambio el nombre porque seguramente éste ya era falso, nuestra esquizofrénica perfecta.

Al pasear por el no muy largo pasillo me encontré a Noemí asomada desde su habitación estratégica, las puertas abrían hacia fuera, me sonreía coqueta. Me acerqué a ella y tonteamos, se me ofrecía claramente. La besé y abracé, fue muy agradable. Entonces ella me arrastraba hacia dentro de la habitación, le dije: “Espera, espera, eso ya veremos”, y salí de la habitación trampa mientras ella me preguntaba si había algún problema, a lo que no respondí.

Vamos a ver. De joven estaba salido, y aceptaba cualquier polvo en cualquier situación, pero a los cincuenta y tantos la cosa es distinta. Por otro lado, ¿quién sería el estúpido que echara un polvo en el Infierno y en una habitación en la que había una cámara? De ningún modo.

Así que tuvimos un pequeño romance con el sexo pospuesto, cogiéndonos de la mano en la sala y haciendo algunos planes, como pasear por el parque, hacer excursiones al monte... Le pregunté, explorativamente, qué le parecían las pirámides, si se daba cuenta de que son monstruosidades que tapan e impiden el bienestar. Asombrada me dijo que ella veía grandísimas hazañas, eludiendo cualquier discusión o aclaración.

No tardó ni medio día en empezar a tender su telaraña. Resulta que quien la visitaba era su exnovio quien, después de haberla rechazado definitivamente, seguía ocupándose de ella, resultando en acoso brutal. De hecho, el motivo de que estuviera ingresada era tal actitud. Y el segundo hombre que la visitaba era

acompañante y espectador del primero, una cosa grotesca. Tanto su acosador como sus familiares estaban considerando someterla a medicación, para lo que se reunirían pronto con su pis. Para colmo, su acosador le había quitado la tarjeta de crédito y, aunque ella la había anulado, se la devolvió, supuestamente funcionando. De modo que no sabía si le había robado sus 40.000 euros. Ésta era la cifra que ella aportaba a nuestra relación.

Qué follón me estaba montando esta encantadora mujer. Naturalmente, yo no la rechacé de entrada, un brujo no juega así, pues en tal caso el follón se habría multiplicado. Lo que hice fue buscarme un resguardo. Le dije, como dispuesto a ser su quijote desmontando el entuerto, que lo primero que tenía que hacer es no recibir más a su acosador como visitante en esa unidad. Que le dijese a la enfermera que no dejase acceder a tal persona cuando acudiese a verla. Ella se negó tímida, y yo insistí diciéndole que esto funciona, pues yo había rechazado la visita de mi madre y había sido respetado en ello, tiré incluso de su brazo, pero no accedió.

La cosa tiene un poco más de complicación, pero abrevio. Al día siguiente me preguntó, al notarme distante, si seguía en pie lo de pasear por el parque y las excursiones al monte. Le dije que no lo sabía, que tenía una incertidumbre total sobre todas las cosas allí encerrado sin poder ocuparme de mis asuntos. Se lamentó, dando una pena tremenda, de que ella también tenía gran incertidumbre, no seguí la conversación. Al día siguiente despejé su duda. Le dije que no seguiríamos juntos porque no se puede volver al mismo médico si no se ha tomado la medicina, refiriéndome a no haber adoptado la solución que yo le di, rechazar las visitas. Si has ido a un médico, o tomas su medicina o vas a otro, pero no puedes volver al mismo. Ella se calló. Claro, llevaba pensado, si me decía que yo no era su médico, preguntarle: Oye, ¿no estarías pensando en liarte conmigo sin haber solucionado el problema con tu acosador?, ¿en qué lío me estarías metiendo? Pero no hizo falta.

Llevó a cabo un intento más. Volvió a ofrecérseme en la puerta de su habitación, pero no la miré, seguí de largo. Rápidamente desapareció, la sacaron de la unidad ante el fracaso de la operación.

Otra trampa muy divertida se inició cuando nos disponíamos a cenar, estaban repartiendo las bandejas. Éste intentó colarse como topo en mi organización. Se acercó sonriente y me dijo su nombre, José Manuel, tendiéndome la mano. Tomé su mano y le dije Jesús amablemente dándome cuenta rápidamente de que ese tío no estaba loco en absoluto. Le pregunté: “¿Qué te trae por aquí?” “Cosas de la vida” respondió aún sonriendo.

Este colega me dio mucha vidilla durante bastante tiempo. Se hizo mi amigo y charlamos con frecuencia. Era un poco mayor que yo, cercano a la jubilación, así que comentábamos los viejos tiempos. Me preguntó, llegado el momento, por qué estaba allí. Le dije, como a todo el mundo, yo me divertía mucho en esto, que soy el Anticristo. Esto no le pareció suficiente, entonces le expliqué que el mejor refugio para un delincuente es una comisaría, el mejor refugio para un brujo es una iglesia, y el mejor refugio para el Anticristo es un hospital psiquiátrico. Le hizo mucha gracia.

Ya al final de su estancia me contó su supuesto problema. Que había conocido una mujer maravillosa y habían hecho planes y estaban a punto de comenzar una vida juntos estupenda, en una finca bellísima y tal, pero todo se había frustrado, no recuerdo por qué, la cosa era complicada. Le dije:

Yo.- O sea, que ¿lo que tienes ahora es un síndrome depresivo ansioso reactivo a la situación actual?

José Manuel.- (Sonriendo). Algo así, sí. (Este tío no estaba deprimido en absoluto, ni ansioso tampoco).

Yo.- Pero, vamos a ver. ¿Tú tienes vivienda?

JM.- Sí, sí.

Yo.- ¿Y tienes recursos de vida?

JM.- Sí, sí, so... Sí... Sí, tengo recursos. (Claro, iba a decir, soy policía, pero se paró a tiempo).

Yo.- Pues ya está. Vive el resto de tu vida lo mejor que puedas y listo. (Le había curado de raíz).

No pasó un día y me dijo que le iban a dar el alta. Le felicité y le advertí de que se lo retrasarían, que siempre lo hacen, para ver si picas y te rebelas. Pero él me contó que ya se la habían retrasado.

Yo.- Ah, pues entonces ya está, te vas mañana. A mí me queda un tiempo aún, sospecho.

JM.- Vaya, me dan ganas de hacerme tu enlace fuera de aquí.

Yo.- No, no, no. En cuanto salgas de aquí, tira para a delante, no se te ocurra volver por ningún motivo. Esto es el Infierno. No te preocupes por mí, yo ya tengo mis enlaces fuera. Gracias de todos modos.

Ingresó una mujer de unos 40 años de edad. Era grosera y basta. Supuestamente la torturaban con risperdal, lo que le producía una salivación en las comisuras de los labios muy desagradable, y se la limpiaba con frecuencia a petición de las enfermeras. Risperdal no produce este efecto. Llevaba unas hojas de papel siempre en la mano, y apuntaba en ellas todo lo que le decían. Yo le aconsejé, pero no daba pie con bola al escribirlo, así que se lo escribí yo. Eran unos ocho puntos entre los que figuraban aspectos como preguntar siempre qué medicamentos le administraban, tomárselos sin rechistar, pues no podría evitarlo y, lo más significativo, no quebrantar nunca su autoridad. De este modo, podría aliviar su tortura y evitarla pronto. Ella se negaba a tomar la medicación, lo que tenía por respuesta que se la inyectaran a la fuerza entre gritos y lamentos espantosos.

Preguntó, “¿qué es la autoridad?” ¿Será posible? ¿Cómo una mujer de 40 años no conoce y comprende la palabra autoridad? Era

insoponible, no hacía más que amenazar, porque era policía, decía una y otra vez. Sí, claro, era policía o subcontratada. Y su jugada era que yo luchase su batalla por su supuesta tortura, pedía testigos para ello. Yo pasaba bastante, pero me buscaba para decirme que llevaba mis instrucciones en el coño, mientras las enfermeras le repetían que hiciera caso a Jesús, yo.

Por fin una noche, a la hora de la medicación, me cansé de ella, estaba fastidiando la tranquilidad de todos de manera grotesca. Le dije: “Lo que tienes que hacer es pasear de un lado al otro, pasillo arriba, pasillo abajo. Eso es lo que hacemos todos en tu situación, pin pan, pin pan (indicando con el dedo). No tienes que darnos la paliza a los demás”. Mientras, ella me miraba asombrada, con la boca abierta, sin poder creerlo. Le pedí disculpas a la enfermera que presidía la medicación, era del turno de noche y no estaba en el ajo, era muy maja. Me dijo: “Sí, no, si es verdad”. Al día siguiente la tostón había desaparecido.

En cuanto a los intentos de involucrarme en escenas de violencia, pues hubo unos cuantos, sin importancia, simplemente me quedaba quieto sin intervenir cuando la cosa estaba a cierta distancia y, cuando ocurría junto a mí, me alejaba saliendo de la sala, de ser posible, pero hubo uno muy montado y tremendo.

Ingresó un árabe, no hablaba español y andaban buscando un interprete llamando a la embajada de su país y tal, claro, que podían haber usado un móvil con la aplicación adecuada, ya estaba disponible pero, por lo visto, no se les ocurría. Yo me callé como putero, por nada del mundo habría intervenido en eso. Pasaron algunos días. Este muchacho tenía un aspecto horrible, de pocos amigos, y estaba desquiciado. Como, además, no podíamos entendernos, me mantuve alejado de él. No fue difícil pues él mismo se mantenía apartado de todos.

Una noche, cuando ya me quedaba dormido, junto a mi puerta se produjeron ruidos de tumulto acompañados de gritos de alarma y petición de calma. A continuación se sumó a ello el grito prolongado de dolor de una enfermera, como si le hubieran tirado del pelo, acompañado de una patada fortísima en mi puerta. Pronto llegaron dos guardias jurado que redujeron al muchacho árabe y se lo llevaron.

Me mantuve quieto encogiendo las piernas para que no se advirtiera mi presencia, la cosa duró unos dos larguísimos minutos. Por nada del mundo habría salido a intervenir en aquello. Pasado un rato conseguí dormirme. Al día siguiente, al despertar, miré por el visor que todo estuviera en calma y, después de ducharme, comprobé que mi puerta estaba encajada. Me cago en su padre. Volví a comprobar y empujé con fuerza, la puerta se abrió, no había daños considerables en el marco. Al llegar al puesto de enfermeras estaban dos de ellas sentadas con toda tranquilidad. Dije, casualmente: “Vaya nohecita hemos tenido”, obteniendo por respuesta una sonrisa malévol y silenciosa. No iban a comentar ni explicar, pues había sido un montaje.

Por último, en la lista de sucesos humorísticos, la señora que recibía mensajes de la televisión, aseguró que ella no oía voces, sino que le comunicaban cosas, y era la única que quedaba en la sala desde mi ingreso, aparte de las tres o cuatro viejas inofensivas, me dijo en una ocasión:

Señora de los mensajes.- Jesús ha estado aquí. Lo sabe usted, ¿verdad?

Yo.- Sí, soy yo, yo soy el Anticristo, y me llamo Jesús.

Tuvimos entonces una muy breve conversación. Yo le decía que no existe un Dios creador y gobernador del Universo, pero ella, rápidamente, pasó a decirme que tenía que ir a la iglesia a pedirle la fe al padre. No insistí más, no valía la pena y podía meterme en

líos. La dejé con la palabra en la boca con una sonrisa. Además, no había organizado mi nuevo conocimiento lo suficiente para rebatir a esta entrañable mujer. Estaba descubriendo grandes y nuevas cosas, y eso lleva su tiempo organizarlo.

En fin, habría muchas cosas que contar aquí, estuve ingresado en torno a un mes, no llevé la cuenta y no sé qué día me capturaron, pero prefiero que este documento no sea demasiado largo. Aquí cuento los sucesos como si hubiera sabido en cada momento lo que pasaba y cuáles eran los trucos, pero no. Yo tomaba nota semiconsciente de los fallos de lxs guionistas y actorxs, sin embargo, el sacar conclusiones lleva su tiempo, he tardado un año en saber lo que realmente pasó.

Mi estrategia en cuanto a no caer en las trampas, no planificada sino automática, era no involucrarme en ningún asunto y mantener una cierta distancia. No tenía nada que ganar allí salvo la comprensión, y sé por larga experiencia que la comprensión llega después, en diferido. Por otro lado, no saqué a nadie de su error, excepto la que tenía mis instrucciones en el coño y, sobre todo, no delaté a nadie. Nunca acusé a ningunx actorx de serlo, ni pis ni enfermera de conspirar, faltaría más. ¿Qué locx sería tan estúpido de mostrar desconfianza interpretable como paranoia en el Infierno? No, les seguí la corriente a todxs sin morder el anzuelo.

Claro, pensará ela lectorx, este tío es el más listo del mundo. No, no es eso. El ser humano más listo del mundo es el que gana la competición, es Dios, y está, digamos, en la cima del Everest. Ojo que Dios puede ser ela más tontx, solo tiene que ir dando puñaladas por la espalda a quienes vayan ganando. Yo estoy en la realidad, en el espacio, digamos, a muchísima más altura, y allí no hay competición ni alturas relativas, sino la Vida en colaboración e intercambio de conocimiento sin considerar quién gana a quién, eso no tiene sentido. Es la vida incrementando la conciencia, el sentido de la Existencia, y en esto no hay valor absoluto, sino solo

incrementos. Véase la entropía, se define en ecuación diferencial y no hay una cantidad que se tenga, sino solo variación. Aquí ocurre lo mismo. Descubre la realidad y estarás en el espacio, a mí no me involucres en tus luchas, no pretendas ganarme. Toma mi conocimiento y desarrolla el tuyo con él, como he hecho yo con otras personas para desarrollar el mío, y no te preocupes por quién es más listx, eso no tiene sentido.

Por otro lado, nadie está a salvo del error y el accidente. En este Infierno corrí un peligro tremendo, inimaginable. Afortunadamente, salí, no solo indemne, sino además con la experiencia que necesitaba para tener una oportunidad cierta, real y efectiva de cambiar el mundo y evitar la consumación de la atrocidad humana, el suicidio del planeta. Vamos a ver qué pasa.

Bien, pues ya solo resta contar las claves de mi liberación y la despedida.

Mi liberación se apoyó en tres puntos clave. Primero, mi actitud general y cierta de ventaja sobre los pises en todos los aspectos, conocimientos de psiquiatría y psicología especialmente. Segundo, la actitud de mi hermano que, lejos de apoyar o pretender mi tortura, como hacen siempre los familiares de lxs locxs, se mantuvo al margen y consideró en todo momento mi persona como válida, sin ninguna censura ni menoscabo. Tercero, mi jugada maestra con el monstruo de mi madre. Todo esto, unido al hecho de que no podían tener mucho tiempo esa sala vacía, para mí solo y unxs pocxs más, les desarmó y tuvieron que dejarme salir, no en libertad total, pero no volví, claro, o sea que prácticamente me escapé. Lo cuento un poco.

En primer lugar, no acepté que mi madre me visitara y, asombrosamente, esto se respetó. Tal hecho fue muy importante para marcar mi actitud ante mi cautiverio. Luego, me mostré siempre por encima de aquello y de las personas que ejecutaban mi

secuestro. Ya he contado algo. Mi hermano estuvo en la tercera entrevista con mi pis, y se mostró distante y distraído, incluso gestionó el aparcamiento de su coche con el móvil, pasando de todo y pidiendo disculpas. Esto desconcertó al pis, que siempre vio a lxs familiares de sus víctimas muy atentxs y preocupadxs en la entrevista.

Luego me trajo mi pijama de Anticristo, saludándome efusivamente delante de las sorprendidas enfermeras, me trató como a un amigo que se encuentra en una cita deseada, me hizo alguna otra visita, y me trajo algo más de ropa, manteniendo siempre el respeto hacia mi persona. Esto causaba gran asombro entre mis secuestradorxs, pises y enfermeras. En una ocasión charlamos con gran diversión en mi habitación, en la que había una cámara, y el sonido les llegaba. Le conté algo de mi aventura, lo de urgencias por la angina de pecho, nos partimos de risa. En fin, desconcertó a todo el personal al respetarme, pues lxs pises necesitan la complicidad de lxs familiares de sus víctimas, y mi hermano no se la dio.

Mi estúpido error de llevarme la carpeta de contraseñas en mi huida también fue relevante. En la cuarta entrevista con mi pis me permitió cambiar algunas, las más importantes, la de la web, mi banco, twitter... y comprobar que twitter había dejado de cobrar por el twit del linchamiento del Anticristo al no haber más fondos, o sea, que estaba sin dinero, pero no me estaba endeudando. Bueno, esto prueba que era mentira lo que me dijo el pis jefe, que esos ordenadores no tenían conexión a Internet. Resulta que la contraseña del banco de mi madre no pude cambiarla, esto fue decisivo al pedir después efusivamente que me dejara salir a casa a cambiarla.

Pero lo más gracioso es que yo le había pedido, con todo el descaro, al pis jefe, como si fuese de lo más lógico dejarme hacerlo, que me diesen disposición de un despacho con su

ordenador para hacer mi campaña de cambiar el mundo. Claro, le hice ver que yo estaba refugiado, y no preso, en el lugar más seguro para el Anticristo, un hospital psiquiátrico. Se calló en primera instancia sin saber qué decir y, en la siguiente entrevista, cuando insistí, me dijo que no iban a hacer tal cosa, ante mi desconcierto fingido.

La jugada con el monstruo de mi madre tampoco fue planificada. Simplemente, escribía poemas que colgaba en la pared, habilitada para ello y donde había todo tipo de escritos de lxs pacientes. Algunas de estas poesías están publicadas aquí, en la página “Derribando el Muro ya”. Se me ocurrió escribir a mi madre, sin publicarlo en la pared, claro. Le ponía en evidencia sus crímenes contra mi persona y le decía que ya no podíamos convivir más, que se suicidara. Pregunté a las enfermeras cómo podría enviar una carta, y me dieron un sobre con membrete del hospital y el franqueo pagado, y que le pidiese a cualquier paciente que saliera a fumar que lo echara al buzón, próximo a la unidad. Metí la carta en el sobre, escribí la dirección, pero no lo envié, naturalmente.

En una entrevista con mi pis le di la carta a mi madre, y le dije que la abriera y leyera, pues no la iba a enviar. Por un lado, no quería que mi madre se suicidara, pues habría una investigación policial que complicaría las cosas y, por otro, quería que también mi madre conociera la Libertad. Sin embargo, le dije que no podría convivir más con ella. Él se ofreció a mediar en el asunto, a lo que respondí agradecido, y le indiqué que la mejor solución era que ella se fuera a vivir con mi hermana. Y así quedó la cosa. Lo cierto es que mi madre no puede irse a vivir con ningunx de mis hermanxs, pues están casadx y ni sus cónyuges ni ellxs mismxs soportarían a semejante persona.

Vale, pues ya está montado todo el tinglao. En una entrevista con mi pis me anunció que me iban a dejar salir la semana siguiente, yo lo celebré con gusto, le dije que el lunes... “bueno, bueno”, dijo

él, “la semana que viene, no tiene que ser el lunes”. Me dijo aquello para lo que yo estaba preparado, que previamente hacían una salida con un familiar, y que estaba pensando en mi hermano. Le dije, “No, pero mi hermano no está para pasear idiotas”. Claro, es que esta gente entrega ala locx a sus familiares como unx idiota. Por otro lado, yo no quería implicar a mi hermano en mi fuga. Mi pis se calló, y la enfermera, que estaba presente en esta ocasión, se aguantó la risa.

El lunes se lo recordé, me dijo que yo estaba pendiente de una inyección de la medicación, de estas cuyo efecto se prolonga por un mes, pero que no lo tenían en la farmacia del hospital, que llegaría al día siguiente. Lo cierto es que yo estaba desquiciado y deseando salir ya, así que me quejé de que tenía que cambiar la contraseña del banco de mi madre, que estaban en peligro todos sus ahorros, “¿qué es eso de tener a una persona encerrada sin poder ocuparse de sus asuntos?” Que aunque la contraseña estaba en manos de la policía, no me sentía tranquilo. Y que me dejase salir aquella tarde y volvería a ponerme la inyección, haciéndole prometer que no se trataba de un neuroléptico, como risperdal o haloperidol, sino de lo que me venían dando en la unidad (un placebo).

El tonto accedió y, después de comer, salí pitando con las llaves y la cartera con la documentación, como si fuese a volver. Dejé abandonado todo, el traje de Anticristo, todos mis escritos, incluido una carta para el juez tutelar de lxs locxs que había preparado por si el anuncio de mi salida era una trampa más. Pregunté al salir a qué hora había que volver, a la cena, me dijeron, y no volví, claro.

Ante mi asombro, mi pis me llamó al día siguiente molesto por mi fuga. Fui muy suave, ¿para qué iba a sacar a este tonto de su sueño? No se trataba de ganar una batalla aquí, no creé rencores o intenciones de revancha. Le dije que no iba a volver a que me

inyectase un placebo ni nada. Me preguntó, desconcertado, qué pasaba con el problema con mi madre. Le dije: “Ah, eso no tiene importancia”, “¿no tiene importancia?” me preguntó sorprendido. Será tonto el tío, ¿cómo podía pensar que iba a poner en manos de un criminal de lesa humanidad el problema de mi vida? Así quedó la cosa.

Tuve mucha precaución en los días sucesivos, actué muy despacio. No le pedí ni pregunté nada a mi madre, ni le informé en lo más mínimo. Ya había comprendido que esta grotesca mujer es suicida, y provocaría mi desgracia a pesar de su muerte en ello. Ella misma, después de tres o cuatro días, me dijo dónde estaba el coche, la policía lo había dejado aparcado cerca de mi casa y se lo había comunicado y, casi un mes después, me dijo que mi mochila estaba en la terraza. La podía haber dejado en mi habitación.

Rápidamente, en los dos primeros días, había cambiado las cerraduras de la puerta de casa y mi habitación, pues la última había sido violada y mis llaves habían estado en manos de la policía y lxs pises, lxs guardianes de la fe en Dios.

Por lo demás, organicé en algún tiempo mi nuevo conocimiento, el Secreto Humano, el Misterio de Dios y la Rabieta, los tres puntos clave que, unidos a la experiencia de que quienes experimentan la Gran Tribulación vuelven también al rebaño para el suicidio del planeta, tal como anunció el tonto de San Juan en su Apocalipsis,... estos tres elementos, digo, me han dado la fórmula, la jugada del Anticristo. Espero que tenga éxito, es muy posible, pues la experiencia de las enfermeras tribulando y regresando al rebaño no incluía la Rabieta ni el Misterio de Dios, y San Juan incluye en su repugnante Apocalipsis el Misterio de Dios, pero no la Rabieta. En fin, con la jugada planteada y la explicación completa, con rabieta, que es el origen mismito del problema, yo creo que los seres humanos no consumarán la atrocidad, el suicidio del planeta, eso no tiene sentido. Cierto que habrá que

tener un poco de paciencia. Aprender a afrontar la muerte es difícil y requiere organizar el ser. Quizá nos alcance el tiempo.

En cuanto a mi situación, habría que aclarar algunos asuntos, pero lo dejo en suspenso. Primero, es más divertido así. Segundo, me andan vigilando y poniendo trampas. Lxs pises ya saben que la psiquiatría, la heredera no confesional de la Inquisición, no puede conmigo, ahora, la policía... Prefiero que no sepan que yo sé que ellxs saben que yo sé que ellxs saben que yo sé que ellxs saben que yo sé que ellxs saben que yo sé. Y si te dijera, ellxs sabrían que tú sabes que yo sé que ellxs saben que tú sabes que yo sé. Entonces, mejor que tú no sepas que yo sé que ellxs saben que tú sabes que yo sé...

Jesús Estrada.

www.nuevaera.info